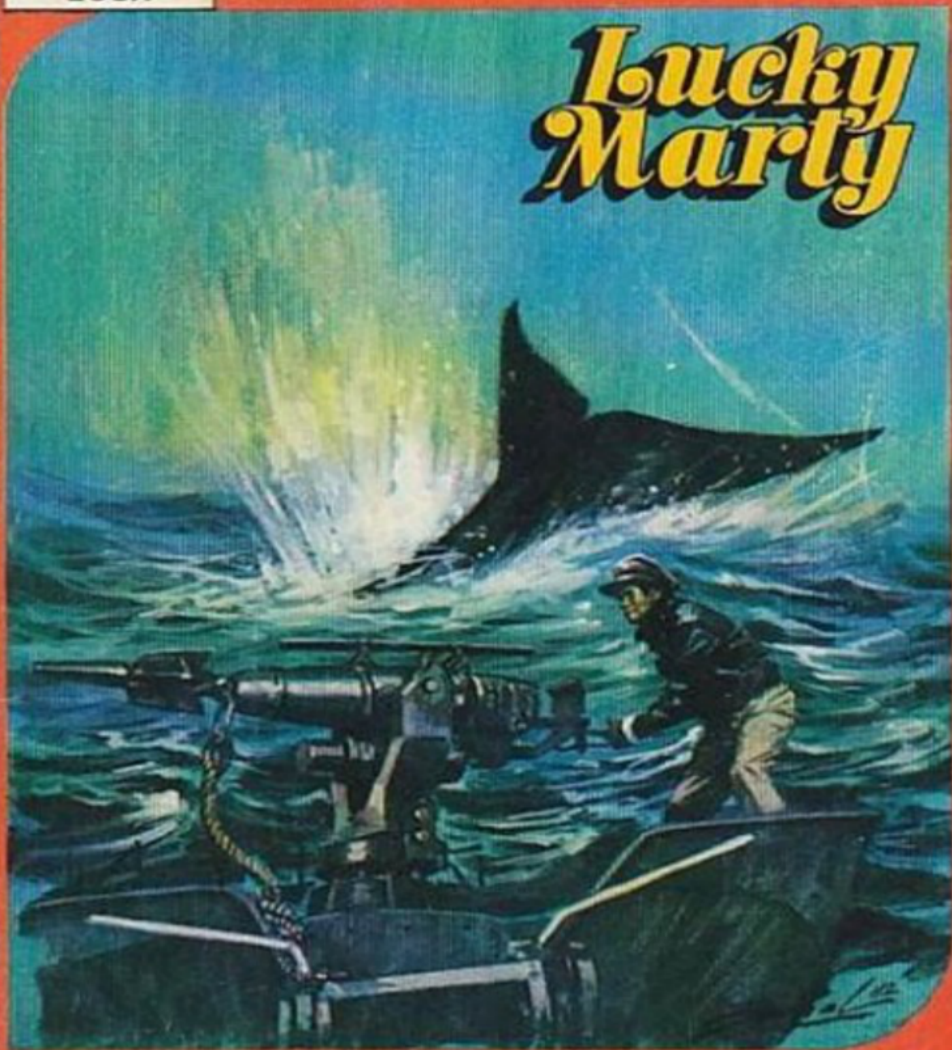
tam tam

NOVELAS ECSA

JUGANDOSE LA PIEL



JUGANDOSE LA PIEL

Lucky Marty



Colección
TAM-TAM n.° 35
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8 Barcelona (23)

ISBN 84-7518-051-5
Depósito legal: B. 156-1983
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición: febrero, 1983
1ª edición en América: agosto, 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8 Barcelona - 23
Impreso en los Talleres Gráficos de
EBSA
Parets del Vallés (N-152. Km 21,650)
Barcelona 1983

tam
tam
tam
tam
tam
tam

NOVELAS
ECSA

CAPÍTULO PRIMERO

La noticia venía en primera página: una ballena de unas cien toneladas y unos treinta metros de largo luchaba denodadamente por su vida, acosada en una de las islas Aleutianas.

Lou Graham se interesó, dobló el *San Francisco Star* y se dispuso a terminar de leer la gacetilla.

A fin de cuentas, no tenía otra cosa que hacer que seguir sentado en el hall de aquel hotel, en espera de poder realizar también él su reportaje.

Todo lo más que dijo a su compañero fotógrafo fue:

—¿Hacia dónde caen las Aleutianas, Cherman?

Sin dejar de preparar su cámara fotográfica, Cherman Strom bromeó:

—Eres un ignorante, Lou; no sé cómo te dieron el carnet de periodista.

—Anda, sabihondo, dímelo tú.

—Las Aleutianas son una cadena de 150 islas entre el Océano Pacífico y el Mar de Bering, al noroeste de América del Norte, que abarcan desde el extremo de la península de Alaska, hasta cerca de la costa oriental de Kamchatcka, en Asia. El archipiélago fue cedido por Rusia a los Estados Unidos en el año 1867. Actualmente forma parte de Alaska, y su población es de unos tres mil habitantes, la mayoría de ellos esquimales, principalmente concentrados en la isla Unalaska: viven de la pesca de la merluza y del arenque; y de la caza de focas y zorros plateados. Y su lenguaje aleutiano es…

—¡Para, para! No necesito que me des toda una lección de geografía política.

—¿Por qué lo preguntas, Lou? Le mostró el periódico:

—¿Has leído esto?

—Sí, al salir de la redacción.

—¿Y qué te parece?

—Una salvajada.

—Lo es: pobre animal.

El cronista añadía que dos buques balleneros perseguían al enorme cetáceo desde el Mar de Beaufort, le habían hecho descender por el Estrecho de Bering hasta las Aleutianas, arrinconándole entre dos islotes. Pero el gigantesco mamífero se defendía valerosamente, pese a

que ya le habían acertado con dos arponazos.

De cualquier manera, lo insólito de la noticia era que, en aquella desesperada defensa de su vida, la ballena había embestido a uno de los barcos, con el resultado de dos muertos y unos doce heridos, además de dejar al buque seriamente averiado.

El otro ballenero, de una compañía japonesa, proseguía la caza.

Los especialistas ignoraban cuándo terminaría la desigual lucha entre aquel gigantesco animal y los hombres, dado que, concretamente la *Balaena glacialis*, se mueve, aproximadamente, a una velocidad de siete kilómetros por hora, llegando hasta los veinte cuando es perseguida.

Por otro lado, la capacidad de bucear de estos mamíferos es también enorme. Se sabe que la ballena barbada se sumerge gasta 260 metros de profundidad, y la dentada, hasta 1.000; pero estas profundidades tan extraordinarias son alcanzadas tan sólo por los animales arponados cuando escapan de la muerte. Los delfines pequeños se sumergen, por término medio, aproximadamente, durante cinco minutos; la ballena barbada permanece de tres a veinte minutos debajo del agua; la dentada, algo más tiempo.

La permanencia más extrema de los mamíferos debajo del agua ha sido alcanzada por cachalotes arponados: de una hora y cuarto a una hora y tres cuartos debajo del agua.

Fácilmente se colige que estos colosos del mar poseen una fuerza muscular enorme. Son generalmente conocidas las narraciones de los peligros de la caza de las ballenas: basta un coletazo de estos animales para lanzar al aire un bote ballenero junto con toda su tripulación; son igualmente conocidos los ejemplos relativos a cetáceos que han hecho pedazos con sus mandíbulas un bote entero. Incluso grandes barcos balleneros han sido atacados, a veces, y destruidos totalmente por cachalotes enfurecidos.

Pero ahora se trataba de modernos buques balleneros, con una experiencia probada en toda su tripulación.

El primer arpón había penetrado en el cuerpo del animal precisamente detrás de las aletas pectorales, y la bomba explosiva unida a él estalló, como había sido previsto; pero no la había matado. El animal había tirado del ballenero con gran fuerza, a pesar de que sus poderosas máquinas trabajaban en dirección contraria.

Después de muchas horas de vanos esfuerzos, pudo venir en auxilio del barco ruso en peligro otro de una compañía japonesa. Un segundo arpón fue disparado sobre el cetáceo aprovechando una de las veces que tuvo que salir para respirar; y también estalló la bomba a su debido tiempo.

Pero el animal, doblemente herido, había demostrado que todavía tenía fuerza suficiente para que, durante muchas horas más, ambos

barcos tiraran de él dando marcha atrás, sin evitar ser arrastrados.

La pugna estaba durando más de treinta y dos horas.

Y eso a una velocidad de unas seis millas por hora, a pesar de que las máquinas trabajaban a contra marcha.

Lo más sorprendente había sido la inesperada y brutal embestida contra el ballenero ruso, con la consiguiente pérdida de dos vidas humanas y doce heridos, además de ponerle fuera de combate.

Ahora, aquel magnífico y soberbio ejemplar estaba acorralado entre dos islotes de las Aleutianas.

Pero no se rendía.

Permanecía en las profundidades marinas, saliendo a respirar brevemente sólo cuando lo necesitaba.

Así se mantenía fuera del alcance de sus tenaces enemigos, no dándoles tiempo a que le disparasen más arpones.

Lou Graham terminó de leer y le dijo a su compañero:

—Esto sí que es una noticia, y no que esa presumida de Renata Virossi venga a filmar otra película a Hollywood.

—A mí me gusta mucho —manifestó el periodista fotógrafo.

—¡Toma y a mí! Como mujer, está para comérsela… ¡Pero es imbécil!

—¿Lo dices porque nos ha dado ya dos plantones?

—No sólo por eso, Cherman. Es que no hace más que hablar de sus caniches, de su maravillosa finca en Capri, de que pronto hará otra película con Franco Nero…

—Seguro que antes se la pasó por la cama.

—Fue él quien la lanzó.

—Yo sí que la lanzaría al mar, como a esa ballena. Pero después de clavarle dos «arpones».

—Eres un libidinoso, Charman. ¡Siempre estás pensando en lo mismo!

—¡Pues anda que tú! ¿Qué hay de esa morenita?

—No sé a quién te refieres.

Cherman Strom rió con ganas antes de exclamar:

—No me vengas con esas ahora, Lou: todo San Francisco sabe que sales con ella.

—¿Ah, sí?

—¡Sí!

—Pues voy a decirte una cosa, chico. ¡Estoy hasta el gorro de ella!

—¿Demasiado hembra para ti, Lou?

—¡Di mejor demasiado viciosa!

Cherman Strom puso cara de entrever el Paraíso y pidió:

—¿Por qué no me la presentas? ¡Me encantan las hembras así!

—Te devoraría en cuatro días.

—¡O yo a ella!

Lou Graham volvió a mirar la hora y, malhumorado, hizo notar:

—Nos citó a las once. ¡Y es la una!

—Las «estrellas» son así, muchacho. ¡Paciencia!

—Pues yo no aguanto más, voy a llamar por teléfono, a ver si nos dicen que podemos marcharnos.

—Látigo te dirá que sigamos esperando. ¡Ya conoces al jefe! Pero el fotógrafo Cherman se equivocó.

Lasty Mansfield, más conocido por Látigo en la redacción del *San Francisco Star*, alivió al impaciente Lou Graham desde el otro extremo del hilo telefónico al indicar:

—Dejad eso, Lou. Y venid los dos para aquí.

—¿Algún otro reportaje, Lasty?

—Sí… ¡Algo muy «especial»! Tomad un taxi.

Regresó desde la cabina telefónica a donde les esperaba el amigo, que estaba releyendo la noticia sobre la ballena. Y antes de que le diera la buena noticia de que no tenían que seguir esperando allí, Cherman comentó, devolviéndole el periódico:

—¡Lástima! Unas buenas fotos habrían realzado mucho esta crónica.

—Es noticia de agencia: no tenemos corresponsales allí.

—¿Te figuras un primer plano de ese enorme cetáceo, embistiendo al ballenero ruso?

—¡Qué rico! Y tú allí, recibiendo un coletazo que te habría hecho puré.

—Mi oficio es arriesgado, Lou. ¿Te acuerdas del incendio del Cicerone-Hotel, en Las Vegas? ¡Saqué unas fotos estupendas!

—Sí… Y casi te chamuscas el bigote.

—Te apuesto cinco pavos a que terminan cazándola.

—¿Dónde está el riesgo que dices que te gusta? Eso es apostar sobre seguro, Cherman.

—Bueno… ¡Pues cinco a uno!

—En ese caso, si me das tanta ventaja, ¡van!

—¿Quién se hace cargo del dinero?

—Tú no: nunca pagas una apuesta.

—¡Sin insultar!

—Olvida eso; Látigo nos llama.

—¿Có… cómo?

—Ya lo oíste. ¡Hasta me dijo que tomásemos un taxi!

—Eso es que algo pasa. ¡El jefe nunca se muestra tan generoso!

—Vamos para allá, Cherman.

Tras salir por la puerta giratoria del lujoso hotel, cámara al hombro,

el joven fotógrafo se volvió hacia el edificio e hizo un soberbio corte de mangas al decir:

—¡Que te fotografíe tu tía, Renatta Virossi!

Lou Graham alzaba ya el brazo para parar un taxi.

Capítulo II

LOU Graham cruzó la amplia oficina, donde muchos de sus compañeros tecleaban las máquinas; mecánicamente fue alzando el brazo para devolver el saludo y, al llegar ante la pelirroja Josette, indagó, sonriéndole a la secretaria:

—¿Qué tal está de humor?

—Pasa —indicó la mujer—. Te está esperando.

Al traspasar la barandilla móvil la secretaria le dijo extrañada:

—¿Y la maleta, Lou?

—¿Qué maleta?

—¿Pero no te lo dijo? ¡Tienes que salir volando de viaje!

—¿Yooo…?

Un instante después, el sorprendido Lou Graham volvió a preguntar a su jefe, que le miraba divertido arrellanado en su butacón giratorio, tras su monumental mesa de despacho llena de papeles:

—¿Yo, Lasty? ¿Yo a las Aleutianas?

—Es preciso, Lou. ¡Quiero que cubras esa fantástica noticia!

—¡Maldita sea! ¿Pero qué sé yo de ballenas y de todos esos bichos?

—Eso no importa. Sé que harás un reportaje muy… ¡Muy humano!

—Gracias, Lasty. Pero piénsalo un poco antes, ¿quieres?

—Ya está decidido.

—Pe… ¿Pero sabes tú dónde queda eso?

—Sí… Al Norte: en el Mar de Bering.

—¡Y tan al Norte! A miles de kilómetros de aquí: en un mundo frío, lleno de brumas, nieves y témpanos de hielo.

—¿Te asusta, Lou?

—No es eso, pero…

—Te he enviado a las selvas del Amazonas, al desierto del Sahara, a la guerra del Congo, de Biafra, de Angola, Mozambique y del Vietnam. Escalaste el Everest siguiendo a aquellos montañeros. Cuando lo del petróleo estuviste en Arabia. Y en Irán e Irak, cuando su conflicto… ¿Y te aterra ahora pasar un poco de frío, Lou?

—Te digo que no es eso. Es que…

—Suéltalo ya, Lou.

—Voy… ¡Voy a casarme!

—Aplaza la boda. Total, por unos días…

—Hablando de tiempo. ¿Sabes que todo eso de la ballena habrá terminado antes de que consiga llegar allí?

—No, si tomas el avión hoy mismo.

—¿Pero qué diablos quieres que escriba sobre todo eso?

—Tú sabrás hacerlo. ¡Es muy interesante, Lou!

—¡Bobadas! Qué le importa a la gente las ballenas.

—Esta sí, muchacho. Por lo visto es un ejemplar muy grande. ¡Enorme!

—Sí, ya sé que dicen que mide unos treinta metros y que debe pesar unas cien toneladas, pero…

—¡O más, Lou!

—De todas formas, llevan muchas horas acosándola. Habrá muerto para cuando llegue allí.

—Eso es igual; reconstruye los hechos sobre el mismo terreno.

Lou Graham se entretuvo en encender un cigarrillo, y su jefe, siempre activo e imaginativo, aprovechó para entusiasmarle:

—Hablas con los capitanes de esos dos buques, con los marineros, con los arponeros, con los nativos, con los esquimales… En fin, tú sabes meter bien las narices en todo.

—Gracias. ¿Es un halago?

—Es una verdad. Y además, con unas fotos de ese enorme mamífero, la cosa quedará estupenda. ¡Muy emotiva, Lou!

—Y encima fotos. ¡Soportar en ese viajecito al pelma de Cherman! Seguro que se enamora de la dichosa ballena. ¡Menudo es!

—¿Qué? ¿Aceptas?

—¡No!

—Sólo tienes que volar directo hasta Seattle. De allí a la isla Vancouver, donde enlazarás para llegar a Alaska… Y en vuelo Chárter, ¡a las Aleutianas!

—¡Casi nada! A la vuelta de la esquina.

—¿Y qué me dices si la ballena aún sigue viva, y con su desesperada pelea? ¡Sería algo sensacional, Lou!

—Sólo llegaría allí para darle el golpe de gracia.

—No, Lou, no. Desde este momento, nosotros nos ponemos de parte de la ballena, hombre. Ya sabes: todo eso de la conservación de la naturaleza, la extinción de esos bellos animales, los ecologistas… ¡Tú ya sabes! Aumentaremos la tirada.

—Me lo pones muy bien, Lasty.

—Y además… ¡Dietas extras!

—¿Tanto te interesa?

—¡Mucho! Hay que sensibilizar a la gente y el *San Francisco Star*

debe ser el primero en eso, amigo.

—Sí… ¡La «estrella» que en toda California brilla e informa mejor!

—No te burles. ¡Debe ser así!

—De acuerdo. ¡Pero envía a otro! Al pasar he visto a Lloy, a Roseman, a Kingaby ya…

—Frena: quiero un tipo al que le gusten los animales, y los ame.

—¿Y yo los amo, Lasty?

—Siempre lo has dicho, Lou. Has tenido en tu casa perros, gatos, y una vez me contaste que una lagartija…

—Ya no tengo nada de eso.

—¿Ah, no? ¿Y aquel gato que tenías tan hermoso?

—¡Le… le maté!

—¿Tú, Lou? ¿Tú mataste a tu gato?

—Pues… sí… ¡Y hasta le hice un verso!

La rubia secretaria entró cargada de papeles, y, tras indicarle con mudo gesto que podía dejarlos sobre la mesa, el astuto Lasty Mansfield quiso poner en apuros a su mentiroso periodista e indicó:

—Espera un poco, Josette… Nuestro amigo Lou nos va a recitar el verso que le compuso a su gato… ¡Después de asesinarle!

La muchacha miró al periodista horrorizada. Por el rostro de Lou Graham, no había duda de que el jefe le había metido en un apuro con su insólita petición. Sin embargo, los dos escucharon que les empezaba a decir:

—Pues… veréis… El verso empezaba más o menos así… Perdón: he querido decir que terminaba…

—Adelante, Lou —insistió el ladino Lasty.

Y Lou Graham se vio en la necesidad de improvisar, muy serio:

«*Aventuras de un minino,*
que murió por ser cochino.
Se cagaba y se meaba,
¡Como aquel que no hace nada!
Si no se hubiese cagado…
¡Nada le hubiese pasado!»

Quedó tan ancho, y aún preguntó:

—¿Qué tal? ¿Os ha gustado?

—¡Magnífico, Lou! —sonrió la mujer—, ¡Ni el mismo Shakespeare!

—Gracias, Josette. Eres muy amable.

Por su parte, Lasty Mansfield se había quedado sin habla, con la boca abierta y los ojos clavados en el amigo.

Pero nada más recuperarse, uno de sus puños golpeó la mesa, se levantó del butacón giratorio, y opinó con énfasis:

—¡La mentira es la cosa más ruin de la Tierra, Lou!

—¡Te juro que es verdad, Lasty!

—El mentiroso siempre es pródigo en juramentos —volvió a sentenciar Lasty Mansfield.

—¿No me crees? Es que, verás… He empezado a odiar a los malditos animalejos. No hacen más que comer… y lo otro.

—¡Está bien! Enviaré a Roseman a eso de la ballena.

—Gracias, Lasty. ¡Chócala, amigo!

Pero Lasty Mansfield hizo que no veía aquella mano extendida hacia él, entretenido al parecer en ordenar a su rubia secretaria:

—Llama a Roseman. Y como fotógrafo enviaremos a Rossie.

Lou Graham casi iba a salir del despacho, cuando, al oír aquel último nombre, frenó en seco sus pasos. Se volvió, con sus pupilas grises buscó los ojos maliciosos de su jefe, y al fin objetó:

—¿Có… cómo? ¿Vas a ser tan cruel de enviar a esa deliciosa criatura a un lugar tan… tan inhóspito, Lasty?

—¿No me llamáis el Látigo todos?

—Yo… yo no, Lasty.

—¡Pues os fustigaré! Y Rossie Carwey es tan buen fotógrafo como el que más.

—Pero es… Es muy joven. Casi una niña y…

—¡Lou!

—Tú dirás, Lasty.

—¡Sal ahora mismo de este despacho!

—Somos amigos, ¿no?

—¡Soy tu jefe!

—Me debiste avisar, Josette: hoy no está de humor.

—Tú me has irritado, con tu negativa.

—¡Está bien! ¡Está bien! —empezó a conceder Lou Graham—. Haré ese viaje si tanto te empeñas, y hasta escribiré sobre los papás, los hermanitos e incluso sobre el marido de esa condenada ballena.

—Ya no hace falta. ¡Enviaré a Roseman con Rossie!

—Pobre chica; no le hagas esa faena. ¡Roseman es un pelmazo!

—Y tú un bribón.

—¿Por qué dices eso, Lasky?

—Porque nada más enterarte que iba a enviar a la bonita Rossie como fotógrafo…

¡Cambiaste de opinión!

—¿Te extraña, Lasty? —apuntó la secretaria—. Todo el mundo sabe que el pobre Lou está enamorado de esa mosquita muerta.

—No es una mosquita muerta, Josette… Es… es…

—¿La defiendes, pese a los rechazos que te ha hecho?

—Rossie y yo somos buenos amigos, Josette.

—Pero nada más. ¡Y tú no aspiras a eso, granujón!

—¿Queréis dejar de discutir? —volvió a gritar Lasty Mansfield.

—Entonces… de acuerdo, amigo: haré ese viaje con Rossie.

—Ahora debería decirte que no, Lou.

—No lo harás.

—Dame una buena razón, pillastre.

—Antes tú lo dijiste: nadie como yo para escribir sobre los animales, la naturaleza y todo eso tan poético.

—Confiesa una cosa.

—Tú dirás, jefe.

—No me vengas ahora con coba.

—¡Pero si no es coba, Lasty!

—¿Mataste a tu gato?

—¿Te lo creíste? ¡Qué ingenuo! Pero si «Tito» sigue engordando en mi casa, hombre.

¡Ya está hecho un tigre!

—Anda, anda; ponte de acuerdo con Rossie. Y salid pitando. ¡En el primer avión!

—*¡Okay*, jefe!

Aquella vez sí que Lou Graham salió de aquel despacho. Y muy feliz y contento.

Hasta silbando, esperanzado: en un vuelo largo y un viaje de varios días, entre una mujer y un hombre pueden ocurrir muchas cosas.

¿A que sí…?

Capítulo III

ROSSIE Carwey dejó de mirar aquel inmenso «colchón» de nubes blancas sobre las que se deslizaba el reactor, para advertir a su compañero de viaje:

—Terminaré cambiándome de asiento, Lou.

El joven periodista puso cara de inocente y preguntó, con voz no muy firme:

—¿Por qué, Rossie?

—Estás martirizando mi pierna con la tuya.

—¿Ah, sí?

—¡Sí! ¿No puedes sentarte bien?

—Voy bien sentado, nenita. ¡Deliciosamente sentado junto a ti!

—No empieces con tus piropos y halagos. ¡No conseguirás nada!

—¿Es que no se le puede decir a una mujer que es bonita?

—Tantas veces, no; empalaga.

—¡Mujer! Sólo son cumplidos.

—Conozco tus «cumplidos», Lou: en ti, son como besos dados a través de un velo.

—¡Bravo, Rossie! Eso que has dicho es muy poético.

—¿Es que no puedes soportar que yo no me sienta atraída hacia ti?

—¡Me destroza, cariño!

—Eso es vanidad, Lou.

—No… ¡Es amor!

—No me hagas reír. Tú no sabes lo que es amor. Me refiero a verdadero amor.

—Te lo diré, para que veas que sí lo sé.

Y mirando al techo del avión comenzó a declamar, al parecer lleno de fuego:

—El amor no es más que un punto luminoso; más, sin embargo, parece abarcar todo el tiempo. Apenas existe hace pocos días, y en breve quizá deje de existir, si sigues rechazándome, Rossie; pero mientras existe, derrama sus esplendores sobre la época que le ha precedido y la que le ha de seguir…

—Deja de hacer el payaso, por favor.

—Te está hablando mi corazón.

—Sí, sí… Un pobre corazón demasiado compartido, granuja.

—No sé por qué dices eso, palomita.

—Porque eres un gavilán.

—¿Yo… triste de mí?

—¿Y qué me dices de esa morenaza, con la que sales? ¿Y de la otra?

—¿Qué otra, Rossie?

—Ya sabes: la que a veces te viene a buscar con su magnífico descapotable.

—¡Ah, sí! Esa es la viuda de un amigo.

—Y tú la «consuelas».

—No pienses mal, Rossie; simplemente le doy buenos consejos, para que rehaga su vida.

—¿Los mismos «consejos» que le das a la secretaria del jefe?

—¡Pero si Josette sólo es una buena amiga, mujer!

—Pues cuando se entere el jefe que sales a cenar y a bailar con su secretaria… ¡Os despide a los dos!

—La verdad, Rossie. ¿Tú crees que Lasty está enamorado de Josette?

—Se le nota a mil millas.

—No sé, no sé… El Látigo está casado, mujer.

—¿Y eso qué?

—Pues que Lasty Mansfield es demasiado moral para…

—¡Oh, los hombres! ¿Quién os pone barreras?

—Yo soy soltero, Rossie.

—Y lo quieres seguir siendo durante muchos años más. Para ti, el matrimonio no cuenta.

—Bueno, nenita… Llámase santo el matrimonio, porque cuenta con innumerables mártires.

—No lo sabía.

—Verás, Rossie: el matrimonio es como una plaza sitiada. Los que están fuera de ella quisieran entrar, y los que están dentro quisieran salir.

—Todo eso no es más que cinismo, Lou.

—Sin insultar, cariño.

—Yo no soy tu «cariño». ¡Te conozco muy bien!

—¡Eres cruel!

—Pero sensata.

—¡Y hermosa! ¡Y bonita! ¡Y exquisita! ¡Y muy deseable!

—Para, para, o, de verdad, me cambiaré de asiento.

—¡Está bien! Volveré a enfrascarme en este libro.

—¿De qué trata?

—¡De ballenas!

—¿Tú crees que seguirá viva cuando lleguemos?

—Dios no lo quiera, mujer.

—¿Por qué no?

—Porque eso implicaría que seguiría sufriendo, acosada.

—Pero… ¿Y las fotografías? Quedarían mucho mejor si…

—¿Quieres ilustrar mi reportaje, con una pobre y moribunda ballena dando débiles coletazos, para intentar defenderse de sus numerosos enemigos?

—No te pongas melodramático. ¡No te va!

La uniformada azafata pasó por el pasillo y Lou Graham pidió:

—Dos whiskys dobles, señorita, por favor.

—Para mí, no —rechazó la joven Rossie—. Prefiero una limonada.

—¡Bah! Tú y tú seria austeridad. ¿Nunca pierdes el control, Rossie?

—Procuro no perderlo.

—Pues a mí me encanta verme arrastrado por la vorágine de las cosas.

—Lee y calla.

—A la orden, princesa. ¡Algún día me suplicarás que te preste atención!

—Lo dudo, don Juan. El vuelo siguió.

Aunque parecía que el poderoso reactor no se movía sobre aquel lecho de nubes blancas, a más de siete mil metros de altura.

* * *

En Seattle, ciudad muy al Norte del Estado de Washington, pudieron enlazar, de milagro o gracias a sus credenciales de periodistas, con el vuelo que les llevó a Alaska, al aeropuerto de Anchoraje, desde el cual, en vuelo Chárter, viajaron a las islas Aleutianas, concretamente a la llamada Unalaska, donde las verdaderas dificultades empezaron para ellos.

Para ellos y para todos los que pretendían llegar a la isla del Comendador, una de las más próximas a la península rusa de Kamchatcka. Les dijeron que las últimas noticias radiadas aseguraban que la acosada ballena seguía entre dos de sus islotes: continuaba sumergida, apareciendo a respirar muy rápidamente para, una y otra vez, protegerse en las profundidades.

Una nube de periodistas, fotógrafos, ecologistas y curiosos se agolpaban, disputándose una avioneta, dos helicópteros militares y toda embarcación que se podía contratar, sin importar precio.

Los nativos estaban haciendo «su agosto».

El vaporcito que enlazaba las islas, había interrumpido su viaje diario y ahora tan sólo realizaba constantes idas y venidas a la isla del Comendador: y a doble tarifa, por supuesto.

Unalaska, formada en la remota época terciaria, junto con todo aquel grupo de islas, jamás había visto tanta gente reunida sobre su árido suelo, cubierto por las nieves y el hielo nueve meses al año. Ahora estaban en la temporada intermedia, pero allí hacía un frío glacial.

Sobre todo en la nariz, las manos y los pies.

Casi abriéndose paso a codazos por las callejas con edificios hasta de dos plantas, pero todos construidos con troncos de árboles y madera, la aterida Rossie Carwey quiso saber:

—¿Adónde me llevas, Lou?

—Ni yo mismo lo sé, Rossie. Pero digo que tendremos que buscar alojamiento, ¿no?

Tarea imposible: simplemente, había un solo «hotel», con tan sólo seis habitaciones. Y ya estaban ocupadas.

Los nativos, de raza esquimal y todos ellos bien abrigados con sus típicos trajes de piel de foca, no se mostraban muy hospitalarios. Su vida tranquila y apacible había sido interrumpida por aquella avalancha de curiosos, con la intención de poder contemplar algo que ellos llevaban muchos siglos presenciando: la caza de una ballena.

Les costaba trabajo llegar a comprender que una cosa tan simple y rutinaria, pudiese haber sacado de sus lejanas casas a tanta gente que buscaba cualquier embarcación que pudiese trasladarles a los dos islotes cercanos a la isla de Comendador.

Era como si ellos viajasen hasta San Francisco o Nueva York, para ver cómo, en cualquier granja, su dueño mataba a un pollo.

Lo que no era óbice para que te pidieran «un ojo de la cara» por un simple bote de piel, de los utilizados por los nativos. ¡Y eso cuando uno conseguía contratarlo!

Hartos de dar vueltas entre aquel gentío, Lou Graham tuvo una de sus geniales ideas. Llegaron a un gran barracón, que además de ser un almacén general, donde se vendía de todo, servía de factoría en la que una determinada compañía traficaba con las pieles que, en pesados fardos, llevaban allí los nativos. La autoridad civil y militar tenía a sus dos representantes del Estado de Alaska en una pequeña oficina, al fondo de aquella construcción, también levantada con troncos de árboles. Y mostrando su credencial de periodista, Lou Graham se presentó a un veterano sargento.

—Nos envía el gobernador del Estado de California, sargento —mintió con todo su aplomo.

—Pasen, pasen, por favor —ofreció el policía—. Llevamos dos días

terribles. ¡Todos acuden a mí!

Con disimulo, Lou Graham le dio a su bonita acompañante un leve codazo y Rossie Carwey comprendió al instante. Lo demostró, porque ofreció la más simpática y atractiva de sus cautivadoras sonrisas a aquel hombre, manifestando a su vez:

—Deseamos llegar a esos islotes, sargento.

—¡Oh, señorita! Es a lo que aspiran todos.

—Lo sabemos, sargento —volvió a intervenir Lou—. Pero nosotros somos un caso especial, amigo.

Los ojillos maliciosos del hombre uniformado se clavaron en las pupilas grises del periodista, e indagó:

—¿Por qué, joven?

Lou Graham no se amilanó:

—Muy sencillo, sargento… Se habla de dos balleneros, uno ruso y otro japonés.

—Así es.

—Debemos conseguir documentación, gráfica y escrita, por si no se respetan las aguas jurisdiccionales. Y para eso debemos estar allí, en el lugar de los hechos.

—Comprendo.

La partida parecía ganada, cuando aquel hombre les informó:

—Pero en este caso se trata de una ballena que ellos han venido persiguiendo desde el Mar de Beaufort. Tengan en cuenta que son más de dos mil millas marinas y que eso, en orden a la buena veracidad, les da cierto derecho a conseguir su presa.

—Pero esos islotes están…

—Son tratados, no escritos, pero que tanto los rusos como los japoneses, y por supuesto nosotros, siempre hemos respetado.

Lou Graham guardó silencio empezando a sentirse derrotado, al tiempo que Rossie apagaba su cautivadora sonrisa.

—¿Me comprenden, amigos?

Pero, de pronto, aquel tipo simpático empezó a decir:

—Claro que si les manda Su Excelencia, el señor gobernador de California, yo podría hacer una excepción con ustedes…

—Hágala, por favor —volvió a sonreír Rossie.

—Vengan: les llevaré en helicóptero hasta la isla del Comendador. Pero eso sí: una vez allí se las apañarán ustedes solitos para llegar hasta esos islotes.

—¡Oh, muchas gracias, sargento! —exclamó nuevamente esperanzado el periodista—. No sabe cómo se lo agradeceremos.

—Yo, sí.

—¿Có… cómo dice? —indagó Lou, preocupado otra vez.

—La señorita me sacará unas fotos, que deberán ser publicadas en su reportaje. Mi nombre es sargento de primera James Wilbur, comandante en jefe del puesto de Unalaska.

—Por supuesto, sargento Wilbur. ¡Y hasta le enviaremos varios ejemplares!

—Trato hecho.

Se estrecharon las manos.

Minutos después, nuevamente volando, el helicóptero les ofrecía una vista panorámica de aquellas apartadas regiones, que no Lou Graham ni Rossie Carwey podrían olvidar jamás.

Capítulo IV

TOMARON tierra —mejor dicho, hielo— en la isla del Comendador, donde estaban como varados todos los que habían conseguido llegar hasta allí, ya que no podían seguir el viaje hacia su verdadero objetivo.

No se podía encontrar ni un simple bote esquimal.

Lo único que parecía sobrar era el malestar, las agrias discusiones y hasta alguna que otra pelea.

Cuando el sargento James Wilbur les dejó, les pidió con una sonrisa burlona en los labios:

—Déle mis recuerdos al gobernador de California, pareja. Rossie empezó a caminar junto a Lou y comentó:

—Me da en la nariz que no se tragó tu mentira, Lou.

—Lo que a mí me da en la nariz es el frío. ¡Temo que la voy a perder!

—Debimos venir más preparados de ropa, calzado y guantes. ¡Esto es el Polo Norte!

—Sólo estamos entre los paralelos cincuenta al sesenta, mujer.

—¿Y te parece poco?

—Lo que me parece es que no podremos llegar a esos islotes, como no sea nadando.

—Ni aun así… ¡Fíjate en esos témpanos de hielo flotando en el mar!

—Si no llega a ser por ti, no acepto este viaje —recordó Lou.

—¿Por mí?

—Así es, nenita. Le dije que no a Lasty, y él se dispuso a enviar a Roseman. Pero entonces decidió que te enviaría a ti como fotógrafo en vez de a Cherman… ¡Y me animé!

En vez de agradecérselo, como lo conocía, la muchacha, dijo:

—Tú siempre a la carga, Lou. ¡A la tuya!

Que ella acertaba lo demostró el joven al apuntar:

—Me temo que tendremos que compartir el mismo techo: la misma habitación, las mismas mantas… Rossie… ¡La misma cama!

—No te ilusiones, majo: de ser así, preferiría dormir como las focas. ¡Sobre el hielo!

—Te quedarías congelada.

—Pero no me pondrías tus manazas encima.

—Ven aquí, mi pequeña. ¡Ahora mismo lo voy a hacer!

—¡Ay, no!, Lou! ¡Déjame!

La había abrazado contra su pecho, y las manos masculinas frotaban, con vigor, los hombros, la espalda y la cintura de la muchacha, para que entrase en calor.

Una pareja de nativos se cruzó y la mujer esquimal sonrió. De pronto, Lou Graham tuvo una de sus ideas y les llamó:

—¡Eh, amigos! ¿Entienden el inglés?

—Mi esposa no, pero yo, sí —confirmó el esquinal.

—¿Cuánto quieren por sus ropas, o nos moriremos de frío?

El nativo se quitó el burdo guante, mostró dos dedos muy tiesos, y el perplejo Lou, quiso concretar:

—¿Dos dólares?

—No, míster. ¡Doscientos!

—¡Eh, oiga! ¿Nos quiere tomar el pelo?

La pareja esquimal se disponía a seguir su camino, cuando, apretujadita contra el pecho masculino, la aterida Rossie pareció maullar como una gatita:

—Dáselos, Lou. Pago la mitad.

—Está bien, «comerciante». Si vas a San Francisco, te harás de oro… ¿Dónde nos cambiamos?

—Allí, en aquella casa.

Minutos después, aunque con doscientos dólares menos, Rossie y Lou se sentían más reconfortados. El joven contempló lo mucho que había «engordado» su compañera, de la que sólo podía reconocer su bella carita enmarcada en aquellas pieles, y comentó:

—Ahora sí que pareces una foca, nenita.

—Y tú un esquimal… ¡Uf! Apenas puedo andar con estas botas de fieltro, Lou.

—¿Pero a que ya no tienes frío en los pies?

—Al contrario. Creo que voy a empezar a sudar.

—Vamos hacia allí: debe ser el muelle.

—¿A eso le llamas muelle?

—Bueno: el embarcadero, mujer.

Un precioso yate, de regular tamaño, pero muy bien equipado para aquellas latitudes, se disponía a zarpar. Sobre la cubierta distinguieron a varios jóvenes: tres hombres y una mujer, también perfectamente equipados contra el frío, la nieve y el mar, aunque vestidos con trajes modernos, con unos especies de «anoraks» con botas y con gorros de ropa que protegían sus cabezas.

En lo alto del mástil de aquella embarcación ondeaba la bandera de las Naciones Unidas y otra más pequeña, con fondo verde y con un

anagrama de alguna agrupación ecologista en el centro, con un dibujo en donde se veían varios brazos alzados, estrechándose las manos.

El yate se llamaba *Esperanza*, y Lou siguió guiando a su acompañante hacia el embarcadero, donde se agolpaban todos los que aún tenían esperanzas de poder llegar a los islotes donde estaba acorralada la ballena.

En un momento dado, a los gritos de petición de algunos que estaban allí, se unió su acción violenta al pretender subir al yate *Esperanza*. Los tres jóvenes, e incluso la muchacha, se dispusieron a impedirlo, y de las palabras y los insultos se pasaron a los golpes entre los dos bandos.

Siempre avispado y audaz, Lou Graham se dijo que allí estaba su única oportunidad.

Por eso no dudó ni un solo instante en separarse de Rossie y, sin encomendarse a Dios, ni al diablo, se lanzó a la fenomenal pelea.

Lou Graham siempre había sido todo un atleta. Alto, ancho de espaldas, fornido y con brazos musculosos. Abiertas sus largas piernas en compás, comenzó a repartir puñetazos a diestro y siniestro, con gran sorpresa para los atacados, consiguiendo derribar a tres de ellos.

Lo único que le impedía resultar más contundente eran aquellas ropas de piel, que en cierta forma dificultaban sus movimientos.

Pero el periodista se dijo que, o ayudaba a ganar a los tres jóvenes del yate aquella fenomenal «batalla» a mamporro limpio, o se tendría que volver a San Francisco con las manos vacías, sin el reportaje que pensaba escribir.

Uno de los que pretendían subir al yate se lanzó sobre él, abrazándole a su espalda, por detrás. Al instante, Lou Graham flexionó su cintura y lo arrojó sobre los otros por encima de su cabeza, volviendo a derribar a dos de ellos. El tercero continuó plantándole cara, y pretendió golpearle en las ingles alzando su pierna. El periodista se aferró a aquel pie y le sometió a una torsión, consiguiendo que la pierna torcida del individuo le arrastrase, hasta caer también…

Con gran satisfacción, Lou vio a su derecha a uno de los jóvenes del yate, que, sin dejar de pelear con otro de los atacantes, tuvo tiempo para agradecerle:

—¡Gracias, amigo! ¡Así se pelea!

Lou cometió un error: giró el rostro hacia allí, y esa | distracción le costó un soberbio puñetazo en la mandíbula, que casi da con él sobre las losas de piedra del: embarcadero. Se le nubló la vista, pero continuó moviendo los brazos como aspas de molino, ansiando que sus puños tropezaran con algo.

Aquello parecía no terminar nunca.

La pugna se había desatado entre los que pretendían subir al yate y los cuatro que no lo permitían.

Por desgracia, los primeros eran más.

Y también los más jaleados, a los que la gente, que se agolpaba allí, animaban más.

Aun así, muchos no se atrevían a la acción directa. Pero en el fondo estaban de acuerdo con los que ansiaban abordar el yate para que la poderosa embarcación les llevase a los dos islotes.

Lou temió que, en aquella pugna en la que repartía y recibía puñetazos, que le llovían por todas partes, terminaría desfondado, le derribarían y hasta le pisotearían.

Iba a quedar vencido ante Rossie, y ante aquellos muchachos. Muy mal parado.

Este pensamiento hizo redoblar sus esfuerzos, arremetiendo con más ímpetu. Ahora rebufaba y sudaba por cada poro de su piel, arrepintiéndose de haber comprado al esquimal aquella vestimenta. Pero no se daba respiro y, de pronto, vio con espanto que el yate empezaba a despegarse de los bloques de piedra del embarcadero.

¿Es que le iban a dejar allí, entre aquellos enfurecidos energúmenos? Pero escuchó una voz que le pedía:

—Déjelo ya, amigo… ¡Corra y suba! ¡Nos vamos!

Reconoció la voz del joven que había peleado junto a él. Le llamaba desde el yate, mientras no dejaban de recoger las gruesas maromas que servían de amarras.

Lou Graham repartió un par de puñetazos más, para a la carrera, lanzarse y saltar sobre el yate, cuando ya estaba separado del embarcadero más de tres metros. Por un instante temió que si no acertaba y caía al agua, en dos segundos quedaría congelado: hecho un témpano de hielo con todas aquellas ropas.

Pero aunque «aterrizó» de bruces, dándose un golpe en la frente contra las tablas de cubierta, lo consiguió.

Casi había sido un salto «olímpico».

Unas manos femeninas le ayudaron a ponerse en pie, pero no tuvo tiempo para agradecer nada. En la popa del yate los tres jóvenes ecologistas continuaban luchando con cuatro o cinco de los que habían conseguido subir, y corrió hacia allí, para seguir ayudándoles.

Por desgracia, en su precipitación, sus pies tropezaron en una de las gruesas cuerdas, y nuevamente «aterrizó» de bruces. Se levantó con la agilidad de una ardilla y se lanzó hacia el grupo otra vez.

Con su ayuda, lograron lanzar al mar, uno a uno, a los «piratas» que habían abordado el yate.

Desde el muelle, cada vez más apartado, la gente seguía gritando. Y no pocos alzaban sus puños, ya vanamente amenazadores.

Aunque también había quien reía.

Cuando uno de los tres muchachos ecologistas se puso a palmear su

espalda, Lou no le pudo responder más que con una mueca de sus labios, que pretendía ser una sonrisa. No podía ni hablar: el aire entraba y salía de sus pulmones a borbotones, a la par que se sentía muy fatigado.

Al fin pudo pensar en otra cosa que no fuese en largar guantazos, y jadeante, pronunció un nombre:

—¡Rossie!

—Estoy aquí, Lou.

La voz dulce, tan conocida y querida por él, sonaba a su espalda. Y al girarse la vio, junto a la otra muchacha que también sonreía.

El temor de haber dejado a Rossie en tierra había pasado, pero la misma tranquilidad que sintió le hizo aflojar las rodillas y, por tercera vez en muy pocos minutos, Lou Graham se encontró con que se desplomaba sobre el piso de madera del yate.

¡Ya no podía más!

Capítulo V

—DÉJAME ya, Rossie. ¿A qué vienen tantos cuidados y mimos?

—Estás herido: te has abierto una brecha en la frente.

—Alguno de esos bestias me atizada fuerte.

—No: fue cuando saltaste y caíste sobre cubierta. Yo te ayudé a levantarte, pero tú…

—¿Ah, fuiste tú, Rossie? No te reconocí. Creí que la otra muchacha…

—Se llama Olga Andersen. Es sueca, y la hermana de Oswald,

—¿Y quién es Oswald?

—El dueño de este yate; aunque lo comparte con sus amigos René Tour, francés, y Jack Mac Graven, un simpático irlandés.

—¿Dónde están ahora?

—Preparándose para bajar al bote.

—¿A qué bote, Rossie?

—A uno de goma, con un motor fuera borda. ¡Van a intentar impedir que acosen más a esa pobre ballena!

En el camarote en el que estaban, Lou Graham se incorporó sobre el lecho y, mirando fijamente a los bellos ojos azules de su compañera de viaje, aún se interesó más con una nueva pregunta:

—¿Van a intentar hacer eso?

—Ya están acostumbrados; son del grupo ecologista internacional *Esperan*, y muchas veces, en estas costas, en las de Terranova, en las de Islandia y en las de otros sitios, conducen arriesgadamente su bote entre los balleneros y sus presas.

—Algo he leído sobre eso.

—Sí: muchos gobiernos les apoyan. Pero por desgracia hay otros países que no lo hacen… Y las compañías balleneras los tienen como sus peores enemigos.

—Sal un momento, Rossie: voy a vestirme.

—¡No, no! Has perdido mucha sangre por esa herida de la frente.

—Ya me encuentro bien, mujer.

—¿Por qué no sigues descansando?

—¡Sal de aquí te digo! —se impacientó él.

Al enfado masculino, ella respondió con una sonrisa burlona al apuntar:

—¿Qué pasa, Lou? ¿Ahora sientes vergüenza?

—¿Quién me ha desnudado…? ¿Tú, Rossie?

—¿Y si te digo que sí?

—No lo creo.

—¡Por supuesto! —rectificó ella su actitud—. René y Oswald te trajeron aquí: ellos te metieron en la cama.

—¡Ya decía yo!

—¿Es que te crees que no me hubiera atrevido a hacerlo yo? Ya he visto a más de un hombre desnudo.

—Sigo sin creerlo, Rossie.

—¿Por qué?

—Porque tú eres de las vírgenes puras, modositas, inmaculadas… ¡Y tontas!

Rossie Carwey quedó muy seria, y altiva, buscó la salida del camarote, manifestando su enfado al decir:

—Lo prefiero a ser una… ¡Ahí te quedas! Haz lo que quieras, cabezota.

En efecto: Oswald Anderson era sueco y tendría unos veinticinco años, con cabellos encrespados y bigote y barba pelirroja, ojos azules y mirada inteligente, y facciones correctas, pero de hombre curtido y decidido, que hacía tres años había puesto el yate de su familia a disposición de la Agrupación Internacional de Ecologistas la *Esperanza*, al servicio de la conservación de la naturaleza y del medio ambiente.

A este estudiante de ecología, que había profundizado en el modo de vivir de los animales y plantas, y sus relaciones con los seres que los rodean y su hábitat, se habían unido el francés René Tour y el irlandés Jack Mac Graven, secundados por la hermana del propietario del yate, lógicamente bautizado con el significativo nombre *Esperanza.*

La muchacha se llamaba Olga y realmente era toda una preciosidad. Alta, espigada, de cabellos rubios y ojos azules como su hermano, pero mucho más luminosos y reidores. Aquella sueca de veinte años, sin dejar de ser una muchacha moderna, muy de sus días, tenía el atractivo natural de una persona madura.

Cuando Lou Graham habló con todos ellos y pudo fijarse detenidamente en Olga Andersen, sin poderlo evitar, y mientras les escuchaba manifestar sus ideales y actividades, entró en serias reflexiones que se guardó para él. Se dijo que, así como la belleza plástica no sólo estaba en la perfección exterior, según tipos escultóricos, sino en la armonía y concordancias de las formas con los hechos que constituían la vida propia de la mujer, la belleza sentimental no estaba en la violencia de las pasiones, sino en su naturalidad. Y su belleza intelectual no estaba en saber mucho, sino más bien en saber lo que convenía.

Pues bien: esas tres dualidades se daban, en una combinación casi perfecta, en Olga Andersen.

Su rostro hermoso le pareció más bello por su serenidad. Y su voz suave, la mejor de las armonías, porque en aquellos tonos también había firmeza y convicción, rotundidad en todo lo que decía.

René Tour era francés, alegre y vivacho, de fácil sonrisa y ojos picarones, pero que aún tenía el candor de los veinte años. Su pelo rizado y muy negro, anunciaba que, cuando se dejase crecer la barba, para poder imitar a su amigo Oswald parecería un Cristo. También estudiaba ecología, aunque aún no había terminado la carrera.

—Pero se aprende mucho más haciendo estas cosas y en contacto directo con la naturaleza, que en la Universidad y los libros —dijo.

El irlandés Jack Mac Graven era muy distinto a sus dos amigos de grupo. Alto y fuerte, muy delgado, pero musculoso y curtido en todas las latitudes y vientos, a sus treinta años ya había dado varias veces la vuelta al mundo en el que le había tocado vivir. Pero aquel rebelde irlandés no estaba muy de acuerdo con ese mundo.

—Las ciudades son el sumidero de la raza humana —manifestó muy serio, en un momento de la conversación.

En otro momento, Lou Graham le escuchó opinar:

—La civilización actual degrada a muchos, para encumbrar a unos pocos.

—Hay que tener esperanzas —se le ocurrió objetar al periodista.

—Pocas quedan ya —dijo aquel irlandés—. Insisto en que la civilización actual promete resolvernos el problema de una vida cada vez más fácil; más, entretanto, la vida se torna cada vez más vacua.

Rossie Carwey le escuchaba embelesada, fijos sus ojos en aquel gigante de cabellos pajizos y ojos brillantes, como si una fe de profeta le alimentase por dentro. Y, cuando dijo otra de sus frases lapidarias, Lou Graham se fijó en que miraba fijamente a su compañera de viaje, con una sonrisa entre maliciosa y divertida:

—Espero que la mujer sea la última cosa que el hombre «civilice», señorita Carwey.

—Llámame Rossie, por favor —suplicó ella.

—Sí —aprobó el vivaz René Tour—, Aquí es mejor que todos nos tuteemos. ¿No os parece?

Todos lo aprobaron, y la charla continuó fluida, suelta, amistosa y franca, mientras el yate, con el piloto automático, seguía acercándoles a los dos islotes, donde continuaba el drama de aquella valerosa ballena acosada.

—¿Creéis que lo conseguiréis? —preguntó Lou Graham.

—Al menos, lo intentaremos —le anunció Oswald Andersen—. Hace menos de un año, cerca de las islas Azores, unos balleneros portugueses

tuvieron que dejar de arponear a dos de esos magníficos mamíferos que pretendían cazar.

—¿Se extinguirán las ballenas?

—Cada año más. ¡Es un auténtico escándalo lo que está pasando! —expuso Olga.

—¿No hay unanimidad en todos los países, con respecto a eso?

—No, Lou, no. Y aunque muchas naciones firmen los tratados y convenios internacionales sobre el número que se deben cazar anualmente, la mayoría de ellos no los cumplen.

—Sobre todo Japón y Rusia —añadió René Tour—, ¡Y tampoco muchos otros Estados!

—¿Tanto interesan comercialmente las ballenas?

—Son animales de volumen antediluviano, de los cuales se aprovecha prácticamente todo, Lou.

—Mientras volábamos hacia aquí, he estado leyendo un libro muy interesante sobre todo esto.

—En las costas de Europa fueron ya cazadas en el siglo II, y, ciertamente, la ballena glacial, una ballena barbada perseguida en el Golfo de Vizcaya, se ha hecho muy rara en nuestros días. Durante siglos se las estuvo cazando masivamente, y entonces se retiraron hacia Islandia, Groenlandia y Terranova.

»Otros pueblos emprendieron también la caza de estos cetáceos, especialmente la ballena de Groenlandia, que constituía la piedra angular de su riqueza. La activa persecución de esta especie se explica por el intenso desarrollo de sus barbas, que alcanzan una longitud de quince pies y proporcionan las llamadas ballenas, mercancía muy estimada.

»También el cachalote tiene un elevado valor.

»Las grandes cavidades de la parte anterior de sus enormes cabezas, contienen un aceite muy fino, fluido: el esperma de ballena. En el intestino y la vejiga de la orina, además, se encuentra muchas veces el ámbar gris, empleado en perfumería y sahumerios, por el cual se paga de tres a seis mil dólares el kilogramo.

—¡Qué barbaridad! Ignoraba ese dato.

—Puesto que las grandes ballenas tienen únicamente una cría cada dos años, aunque generalmente tan sólo cada tres, y muy rara vez gemelos, no es posible que posean una gran descendencia, sobre todo a causa de las matanzas despiadadas de que son víctimas.

—¿Parece inevitable su extinción?

—A no ser que, de una vez por todas, se implante una seria legislación internacional, por la que estamos luchando a favor de estos auténticos colosos del reino animal.

—Son animales muy pacíficos y muy hermosos —manifestó con

ensoñación Olga.

Lou Graham quiso aprovechar para hablar directamente con la joven sueca y le preguntó:

—¿Qué son, desde el punto de vista zoológico, las ballenas, Oiga?

—Verás, Lou: generalmente es sabido que, bajo la influencia de idénticos modos de vida, formas distintas de la misma pueden adquirir una cierta semejanza externa entre sí. Así, son, por ejemplo, muy semejantes externamente a los mamíferos que viven en el mar, como la nutria, los lobos, las vacas marinas y las ballenas, merced a sus adaptaciones al mismo modo de vida. Pero las vacas marinas son descendientes de los ungueados y se hallan muy próximas a los elefantes. Los lobos marinos forman un gran grupo especial de animales de presa. La nutria marina es una marta típica. Pero las ballenas no constituyen un orden zoológico único, sino que está formado por dos grupos de distinto origen: las ballenas dentadas y las barbadas, según las placas córneas de su cavidad bucal; ambas proceden de diferentes mamíferos terrestres del tipo de los animales de presa —hace largo tiempo desaparecidos— y merced al mismo modo de vida han llegado a ser totalmente semejantes entre sí.

—Ya sé que hay muchas clases de ballenas, Olga.

—En general, se han conservado como mamíferos auténticos: poseen respiración pulmonar, amamantan a sus crías con leche y cada uno de sus órganos internos presenta una estructura semejante a la de los correspondientes en los restantes mamíferos. Por lo demás, se han producido externamente una serie de modificaciones a causa de la permanencia en el agua. El pelaje, el oído externo, el cuello y las patas posteriores han desaparecido a cusa de su disminución por frotamiento. Las patas anteriores se han transformado en aletas. Como órgano de equilibrio en la mayoría de ellas se han formado una aleta dorsal, al igual que en los peces; y como órgano de impulsión, una aleta caudal situada verticalmente. Pero aun cuando las aletas pectorales se desvían de esta forma de las patas anteriores de los mamíferos terrestres, la estructura de su esqueleto y su musculatura se halla organizada con arreglo al plan fundamental de los mamíferos.

¡Muy interesante, Olga!

—La aleta caudal es una adquisición reciente. Tiene su origen en los pliegues laterales de la piel de la larga cola de los mamíferos. Este órgano nuevo tiene como consecuencia un aumento de la velocidad comparable, por ejemplo, al movimiento de la hélices de un vapor frente al de un bote de remo.

—Nunca me he explicado cómo siendo tan enormes y pesadas, resultan tan veloces en el agua.

—La velocidad de la natación es muy diferente según la especie y el

estado de excitación del animal. La *Balaena glacialis* se mueve, aproximadamente, a una velocidad de siete kilómetros por hora; y cuando es perseguida, llega hasta catorce. La ballena acanalada puede alcanzar hasta veintiún kilómetros. Los delfines, unos veintinueve kilómetros por hora; y con frecuencia se les ve jugando alrededor de un barco en plena marcha.

—¿Y a qué profundidad se sumergen?

—La capacidad de bucear de estos mamíferos es también enorme. Se sabe que la ballena barbada lo hace hasta 260 o 300 metros de profundidad; y la dentada, hasta los 1.000. Pero estas profundidades tan extraordinarias son alcanzadas tan sólo por los animales que han sido arponeados y empiezan a sentir cercana la muerte.

—¿Durante qué tiempo, Olga?

—Los delfines pequeños se sumergen, por término medio, aproximadamente, durante cinco minutos. La ballena barbada permanece de tres a veinte minutos debajo del agua; la dentada, algo más. Y hay algunas que, si están heridas, llegan a permanecer por miedo sin respirar hasta dos horas.

—¡Eso es aguantar!

—Si suponemos una profundidad de 300 metros, se produciría entonces una presión de agua de 30 kilogramos por cada centímetro cuadrado de superficie del cuerpo de la ballena.

—¿Y cómo es posible que pueda aguantar esta enorme presión?

—El sistema respiratorio y el sistema de circulación de la sangre son especialmente los que experimentan las alteraciones de la presión. Para citar un solo detalle te diré que la provisión de sangre es totalmente diferente que en los mamíferos terrestres. La arteria carótida, que se halla situada superficialmente en el cuello, cuida en los mamíferos terrestres de la provisión de sangre del cerebro, y correría peligro de ser comprimida en la inmersión, a causa de la enorme presión del agua. Y si la llegada de sangre al cerebro cesara, aunque fuera durante un breve período de tiempo, entonces el animal moriría inmediatamente, como es lógico. He aquí por qué en la ballena el cerebro no es provisto de sangre por la carótida, sino por vasos que corren cerca de la médula y se hallan, por tanto, protegidos contra cualquier presión por el canal vertebral.

—Has tenido que estudiar mucho, Olga.

—Todos nosotros lo hacemos, si queremos llegar a conocer de una forma cabal la vida animal.

—¿Y la nariz sigue siendo aún en la ballena órgano respiratorio y olfativo?

—Quien haya tenido ocasión de observar una ballena viva, jamás olvidará el espectáculo de cómo emerge del agua el lomo enorme del animal, y con un ruido sordo, semejante al de una fuente, se eleva la

blanca columna de vapor del aire respiratorio expulsado.

—Sí, Olga: es un espectáculo impresionante.

—Tan acusadamente dibujada es la forma de esta columna de vapor, que, vista desde cierta distancia, tiene el aspecto de un chorro de agua.

—A la abertura nasal se le llamó orificio de expulsión —apuntó Oswald Andersen, ayudando a su hermana.

—Porque se admitía que los surtidores de la ballena que «sopla» era realmente agua —continuó la muchacha sueca—. Este arcaico error se ha conservado incluso hasta nuestros días. Pero sólo se trata de aire respiratorio condensado, y en modo alguno agua. Y ello se infiere del hecho anatómico de que la faringe de la ballena, a través de la cual podría entrar el líquido, no tiene comunicación alguna con el canal respiratorio.

—¿Y cómo es que son tan enormes?

—El gigantesco desarrollo del tamaño de estos animales es también consecuencia de su adaptación a la vida acuática: únicamente el denso medio del agua puede soportar tales masas de carne. Del animal más poderoso, la ballena azul, científicamente llamado *Megaptera Longimana*, se han conocido ejemplares cuya longitud alcanzaba los 33 metros; y en un animal de esta especie que sólo medía 23 metros de longitud, el peso era de 73.000 kilos, equivalente al de 1.000 hombres adultos.

—Las primeras noticias dieron dimensiones más grandes a esa que vamos a intentar salvar.

—¿Has dicho «vamos», Lou? —quiso concertar el irlandés Jack Mac Graven.

—Sí, Jack: es que os pienso ayudar en lo que sea.

—Puede ser muy peligroso, amigo.

—¿Y no vais a arriesgaros vosotros?

—Tenemos práctica y tú no.

—No me importa: yo conduciré el bote.

—No discutáis con Lou, que es muy testarudo —les informó Rossie.

—Quedáis admitidos en el grupo —se apresuró a decir Olga—. ¡Hay que defender a esos bellos animales!

—¿Y nunca os han atacado? —dijo Lou.

—Son pacíficos y, entre ellos, muy sociables. Podría decirse que se crían en parte, en pequeñas «escuelas» que siempre dirige un viejo macho.

—¡El «maestro»!

—Más o menos, Lou. También son habitantes de casi todos los mares. Hay especies de ellas que viven en cuadrillas hasta de 1.000, también dirigidas por viejos machos: a veces algunas encallan y las otras intentan ayudarlas. Son animales vivaces, hábiles, cariñosos que, a veces llegan hasta el norte del círculo polar y, en alguna ocasión, hasta las costas

alemanas.

—La verdad, a mí me asustan un poco —confesó Rossie.

—¿Por qué, si nunca atacan a nadie?

—Pero son tan enormes, tan grandotas, que…

—Antiguamente se las tenía por monstruos marinos. Por lo que dices, necesariamente, tenían que producir en los antiguos habitantes de las costas nórdicas asombro supersticioso. Todavía resuenan en algunas de sus leyendas.

—Sí —terció Oswald—. Según la creencia finlandesa, el mundo nació de cuatro ballenas gigantescas. Cuando un dios enemigo mató a la primera, tembló el eje de la Creación; las aguas del océano se hincharon, y en todas partes en que la avalancha de las aguas se vertió, desapareció la estirpe. El mismo acontecimiento amenaza cuando muera la segunda y la tercera ballena. Pero cuando sucumba la última, entonces la Tierra destruida volverá al abismo del cual surgió…

—Dejemos las leyendas y vamos a lo práctico —propuso levantándose Jack Mac

Graven.

Capítulo VI

LO primero que vieron al acercarse a los dos islotes, fue el barco ballenero japonés.

Era un buque de construcción moderna, perfectamente dotado para su misión. Una auténtica fábrica flotante de aceite, con una enorme abertura practicada en la popa, por donde debían izar a bordo las ballenas capturadas mediante poleas eléctricas, al objeto de descuartizarlas y prepararlas durante el curso del viaje.

El yate *Esperanza* paró sus motores, lanzó el ancla y también se paralizó, para, al instante, prepararse toda su tripulación con los trajes de caucho y así bajar al bote, dispuestos a interponerse entre el barco ballenero y sus víctimas, a todas luces acorralada entre aquellos dos islotes, y ahora oculta en las profundidades del mar.

Aquella desesperada lucha por salvar su vida ya venía durando más de dos largos días.

Mientras Rossie Carwey descendía al bote con su cámara fotográfica, bien dispuesta a tomar los mejores planos que pudiese y fuese capaz, Lou Graham se situó junto al motor, dispuesto a cumplir su palabra. Pero Oswald Andersen se interpuso y recomendó:

—Déjame a mí, Lou.

—Podré hacerlo, Oswald.

—Es posible, pero es preciso tener mucha práctica.

—No me da miedo esa pobre ballena.

—Se trata de los balleneros, hombre —le aclaró—. Nada más nos vean, ellos también lanzarán sus motores al mar, para intentar impedir que nos interpongamos entre sus cañones y su víctima.

—¿Quieres decir que entre ellos y nosotros habrá un enfrentamiento directo?

—Nosotros lo intentaremos evitar. Por eso hay que conducir con mucha pericia. Para que ellos no nos aborden, pero, al tiempo, nos retiraremos de esa línea.

—¿Lleváis armas?

—No las necesitamos, Lou: nosotros somos ecologistas pacíficos, de soldados de infantería de marina.

—¿Y ellos no os disparan?

—A veces, sí.

—¡Os pueden matar!

—Es uno de los riesgos que corremos.

—Normalmente, sólo disparan contra nosotros botes de humo y pelotas de goma — intentó tranquilizar el irlandés Jack Mac Graven.

—¿Cómo la policía antidisturbios en las ciudades, en las manifestaciones?

—Más o menos.

—También utilizan mangueras de agua, Lou —añadió el francés René Tour.

—Eso si nos acercamos a su barco —dijo Olga.

—¡Mirad! ¡Ya nos han visto! —hizo notar Oswald.

Enfocaba los prismáticos hacia el ballenero japonés, desde el cual descendían dos lanchas motoras por uno de sus costados.

Pero ellos no se detuvieron. El joven sueco tiró del cordón, el poderoso motor fuera borda empezó a roncar con estrépito y el bote de goma comenzó a surcar las aguas a una gran velocidad, que fue aumentando.

Pronto vieron que había otras embarcaciones por la zona, pero comprobaron que no intervenían para nada.

El moderno ballenero japonés estaba estratégicamente situado frente a los dos islotes, de forma que podía cortar la salida al herido cetáceo. Por el lado del navío que daba al mar abierto, su experimentada tripulación había lanzado una gran red que descendía bajo el agua, mientras sus arponeros se mantenían constantemente vigilantes, dispuestos a disparar en cuanto la ballena se viera en la necesidad de emerger para respirar.

Hasta aquellos momentos, las veces que lo habían tenido que hacer, no la habían acertado más.

Posiblemente porque, durante la larga noche pasada, pese a los potentes focos que habían estado iluminando aquella gran bahía, la visibilidad no había sido todo lo necesaria que se precisaba. O bien porque aquella irritada ballena, por sus gigantescas dimensiones y el enorme peso que se le calculaba, debía ser un viejo macho experimentado y ascendía tan sólo unos breves segundos, aquí o allá, en los lugares más inesperados, para, tras «soplar» su potente chorro de vapor, volver a desaparecer hacia la única salida que le quedaba: el fondo del mar.

Realmente, todo aquello resultaba dramático y a la par angustioso.

Rossie se apresuró a tomar planos del buque ballenero, de la amplia bahía, con el fondo de los dos islotes que cortaba la salida al gigantesco mamífero por aquella parte. Su cámara portátil estaba filmando todo lo que podía, en su afán por conseguir un documento gráfico que su compañero Lou Graham completaría con su crónica escrita.

Su jefe, Lasty Mansfield, no se arrepentiría de haberlos enviado allí.

Por su parte, el experimentado periodista no dejaba de memorizar todo lo que podían captar sus ojos, siendo el primero en advertir, incapaz de dominar la tensión que sentía:

—¡Mira, Oswald! Esas dos motoras se nos echarán encima.

—Tranquilo, Lou… Las iremos sorteando como podamos.

—Somos muchos más rápidos que ellos —dijo con cierto orgullo el joven francés René.

A su vez, con un megáfono junto a su boca, el irlandés Jack Mac Graven, se puso a pedir con voz potente:

—¡Atención! ¡Atención! ¡En nombre de la humanidad! ¡Les rogamos que la dejen tranquila! ¡Las ballenas también tienen derecho a vivir!

Repitió su mensaje en francés, alemán e italiano, volviendo infatigable al inglés, para repetir siempre lo mismo en los otros idiomas.

Lou Graham se preguntó si aquélla era la labor asignada al alto y fuerte irlandés, mientras que sus compañeros cumplían con otras funciones.

Se fijó que Oswald Andersen era muy hábil sorteando las veloces embestidas de las rápidas motoras japonesas, cada una de ellas con cuatro tripulantes, los cuales también vestían trajes apropiados para la función que, a su vez, tenían que desempeñar, a sueldo de la compañía ballenera.

A un hombre de ciudad como Lou Graham, todo aquello le resultaba irreal y dantesco.

Se sentía empapado de agua por las constantes salpicaduras que le llovían en las rápidas evoluciones de aquel bote neumático, que se mostraba dócil bajo el mando del joven sueco. Una y otra vez lograba evitar el encontronazo, para volver al instante al punto que previamente había elegido y en el que se empeñaba en mantenerse.

Los tripulantes japoneses disparaban botes de humo, pero con tantos movimientos y veloces giros no les acertaban. Desde el ballenero japonés también disparaban balas de goma, y Lou Graham distinguió que algunas mangueras también lanzaban sus potentes chorros de agua hacia ellos.

Fugazmente vio algo que le hizo recordar las palabras que Olga no hacía mucho había pronunciado:

«Quien haya tenido ocasión de observar a una ballena viva, jamás olvidará el espectáculo de cómo emerge del agua el lomo enorme del animal y, con un ruido sordo, semejante al de una fuente, eleva la blanca columna del vapor del aire respiratorio expulsado…»

Bien cierto: él jamás podría olvidar aquello.

A lo lejos, al fondo casi de la gran bahía y con el telón de los dos islotes que elevaban sus picos desde la superficie del mar, creyó

distinguir un poco del antediluviano animal que, como lomos de tierra vivientes, jadeando y lanzando a lo alto el chorro de vapor condensado al respirar, emergía por un instante.

Aquello era algo fantástico: algo que nunca se podía ver entre el denso tráfico automovilístico de una ciudad como San Francisco.

Tuvo la vaga sensación de encontrarse en otro mundo, en distinta dimensión, en un planeta primitivo, a no ser porque, en el lado opuesto, fue disparado uno de los arpones.

—¡Bestias! ¿No ven que estamos aquí nosotros?

—gritó, blandiendo sus puños cerrados hacia el buque japonés.

El arpón pasó silbando sobre sus cabezas, pero no alcanzó el objetivo apetecido. Su carga explosiva tampoco estalló, porque no había encontrado la resistencia necesaria para que la espoleta explotase dentro de la carne de la ballena.

Por alguna razón que no llegaron a comprender, las dos motoras japonesas parecieron olvidarse de ellos y les dejaron en paz, pese a que el lomo terroso de la gran ballena continuaba distinguiéndose sobre la superficie del mar, allá al fondo de la bahía.

—¿Qué ocurre, Oswald? —preguntó el excitado Lou—. Vuelven al ballenero las motoras.

—Y han dejado de dispararnos botes de humo —advirtió Olga.

—Sigue, Oswald: nosotros nos mantendremos por aquí, hasta que se nos agote el combustible.

—¿Y cómo regresaremos al yate? —volvió a preguntar el periodista.

—Siempre dejamos un bidón de reserva. Está ahí, Lou: junto a tus pies.

—¡Ah, ya lo veo!

—Lo que a mí me gustaría ver es lo que pasa al otro lado de ese buque —apuntó Jack Mac Graven, enfocando los prismáticos.

—Sí, algo pasa —confirmó René—. Todos los tripulantes están mirando hacia el mar abierto.

—Vamos allá —decidió Oswald, siempre manejando el timón.

Rossie no opinó nada: estaba demasiado entretenida en seguir enfocando la bahía con su cámara, porque allí seguía distinguiendo a la ballena, que aquella vez, por alguna extraña razón, no se sumergía.

Ladeándose hacia la derecha, el bote de los ecologistas pasó lejos del ballenero, para ganar el mar abierto.

Y entonces, a la caída de aquella memorable tarde, comprendieron lo que reclamaba la atención de todos los balleneros japoneses.

Infinidad de ballenas venían en compacta manada desde el sur del Mar de Bering, posiblemente tras ascender hasta aquellas latitudes por el océano Pacífico Septentrional, guiadas por su instinto.

No hacía falta ser un lince para saber la causa por la que se atrevían

a acercarse a los hombres.

Todas, al parecer, directas hacia el ballenero japonés…

Capítulo VII

AQUELLO sí que era un espectáculo soberbio.

¡Magnífico! Inolvidable.

Y más por lo que los asombrados ojos humanos podían contemplar, por lo que ello significaba.

Era la comprobación de que las ballenas viven en sociedad y mantienen lazos afectivos entre ellas. Era la palpable e indiscutible demostración de que acudían para ayudar a uno de sus semejantes en apuros.

Que se enterasen los zoólogos y los antropólogos. Que no olviden en sus áridos estudios científicos que muchas especies de animales SIENTEN la necesidad de asociación con sus congéneres. Que de una vez por todas sean capaces de abarcar a toda la creación con el hálito de vida que la hace palpitar, sentir, sufrir, y gozar. Que no vuelvan a decirnos que donde no está el hombre, la naturaleza es un desierto. Que admitan que la sabiduría de la Vida es siempre más profunda y más vasta que la de los hombres. Que hasta ahora nos empeñamos en ver las cosas, no tal como son, sino como nosotros las vemos.

Hay que empezar a dudar de que los hombres estén, ellos solos, dotados de todos los sentidos naturales. Se sabe que muchos animales viven una existencia entera y perfecta, unos sin el sentido de la vista, otros sin el del oído. ¿Quién sabe si en nosotros no faltarán asimismo uno, dos, tres o más sentidos?

Ante aquellas ballenas que acudían desde los lugares más remotos, surgiendo del fondo de los mares para concentrarse precisamente en aquel punto del planeta, Lou Graham empezó a pensar en todo esto, como si su mente quisiera empezar ya a darle forma a la crónica, a los artículos que pensaba escribir.

Allí, ante sus ojos, estaban sesenta ballenas, o quizá más de cien, que se mostraban a la luz mortecina de aquella tarde, por alguna razón y, sobre todo, guiadas con alguna intención.

Sólo un miope, no sería capaz de interpretar su colectivo deseo, la fuerza misteriosa que las empujaba hacia aquel punto determinado.

¿Y por qué «fuerza misteriosa»?

En su inaudita soberbia, ¿debía seguir pensando el hombre y haciéndoles creer a las generaciones futuras que sólo el ser humano, la

raza humana en general, era capaz de obrar solidariamente, guiado por su razón y sus nobles instintos?

Pues ahí tenía un ejemplo de que no era así.

Si el pomposo Rey de la Creación era capaz de cruzar mares u desiertos para acudir en ayuda de un hermano, de un amigo en apuros, ¡las ballenas también!

Y quizá de una forma más abnegada: a lomo descubierto, contra un barco capaz de disparar mortales arpones, que hieren y explotan en el interior de la carne con sus diabólicos mecanismos.

Lleno de emotividad, Lou Graham bendijo la hora en que su jefe Lasty Mansfield le envió allí. Sus ojos estaban presenciando algo irreal, algo muy grande y profundo que tenía un significado muy aleccionador.

Sólo encontraba dos palabras para resumir todo aquello: ¡Era hermoso!

¡Muy hermoso!

El mejor espectáculo del mundo, interpretado por animales a los cuales se les llevaba siglos matando, sacrificándolos en aras de egoísmos puramente comerciales.

¿Qué mal hacían las ballenas viviendo felices en los mares y océanos, sin molestar jamás a los hombres para nada? Y a los que vienen con eso tan sabido de que la multiplicación de una especie puede llegar a ser pernicioso, se les puede tapar la boca y rebatir sus romos «razonamientos», recordándoles que la sabia naturaleza sabe crear sus propios ecosistemas que lo regulan todo, tanto los nacimientos como las muertes.

Nada se mueve bajo el sol sin que la madre naturaleza lo quiera, lo regule, lo prevenga. Aunque nos cueste admitir que el formidable estallido de la Tierra, a lo largo del tiempo, quizá muchos siglos después, es para el beneficio de ésta, para devolverle una fertilidad que iba perdiendo, o para configurar una región que en su secreta armonía de contornos debía ser modificada, para un mayor equilibrio o estabilidad en el cosmos, en el infinito universo, es cierto.

Lou Graham seguía fijándose en aquel «fenómeno» y, como absorto en aquella fascinante contemplación, lo único que les dijo a sus compañeros de bote fue:

—¿Qué va a ocurrir ahora?

—No lo sé, amigo… —dijo Olga, también como maravillada, con los ojos muy brillantes y la esperanza en sus pupilas.

Una esperanza que pronto se nubló, cuando fue disparado el primer arponazo desde el ballenero japonés, al que siguió otro, y otro.

¡Muchos más!

La tarde gris se fue llenando de siniestros estallidos y explosiones, mientras el mar se agitaba más con los movimientos de las ballenas

heridas y las aguas se teñían de rojo.

En el ballenero japonés todo se tornó en febril actividad: eran hombres que conocían su oficio de modernos matarifes y se disponía todo para la gran caza, para una enorme «cosecha» no esperada, pero que al fin venía a compensar el enorme y continuado esfuerzo de tantas horas de vela.

La mano firme del ecologista sueco Oswald Andersen volvió a empuñar el timón y gritó:

—¡No! ¡No! ¡Por favor, no…!

El bote tomó la dirección del otro lado del buque ballenero, en su desesperado intento de interponerse en aquella horrible matanza.

Lou Graham no pudo evitar volver a sentir el miedo que había percibido cuando era corresponsal de guerra en Vietnam o en el Congo. Era evidente que sus vidas también corrían peligro, a mitad de distancia de las alarmadas ballenas y el buque japonés.

Y sin embargo, fue aquella decisión de Oswald Andersen lo que les salvó.

De haberse quedado al otro lado del barco, sin duda alguna habrían muerto todo ellos, porque el terrible encontronazo de la ballena mortalmente herida y durante tantas horas tenazmente acosada, levantó gigantescas olas de agua y espuma cuando el buque japonés recibió, en mitad de su casco, en plena línea de flotación, el formidable y furioso impacto de cerca de cien toneladas de carne, angustia y furor del gigantesco cetáceo que había elegido, al fin, morir matando, destruyendo la barrera que se interponía entre él y la posible esperanza de curación y vida.

El aire se llenó de fragor y distintos ruidos, y aunque el buque japonés zozobró violentamente, como sacudido por un vendaval, tras aquellos bandazos que lo desquiciaron todo, lanzando a muchos de sus atareados tripulantes por la borda, no terminó de hundirse.

Pero al igual que el ballenero ruso, quedó seriamente averiado. Ya no era una poderosa fábrica de aceite.

Quedaba convertido en inútil chatarra, por lo menos hasta que en algún astillero le reparasen.

¿Y cuántos millones de yenes costaría eso?

Desde luego, muchísimo más que las ballenas que pensaban cazar y que ya no podían descuartizar.

* * *

No fue un naufragio, pero lo pareció: muchos de los tripulantes del ballenero japonés chapoteaban en el agua desesperadamente, temiendo la congelación por la baja temperatura reinante.

Ante aquel panorama, el sueco Oswald Andersen no vaciló un solo instante y dirigió el bote hacia ellos, porque ahora se trataba de salvar vidas humanas.

De cualquier manera, aunque bastante escorado, del buque empezaron a lanzar motoras y otras pequeñas embarcaciones con rapidez, para rescatar a aquellos hombres.

El mismo Lou Graham extendió sus brazos, para ofrecer la ayuda de sus manos a uno de los marineros japoneses. Aquel hombrecillo se aferró con ansia y el periodista tiró de él, izándole lo mismo que hacían Jack Mac Graven y el joven René Tour con otros, mientras desde el timón, Oswald Andersen tenía que advertir a sus compañeros:

—Que no suban más o nos hundiremos.

—Deben quitarse esas ropas mojadas —indicó Olga—. Que se cubran con mantas.

Por su parte, Rossie quiso captar unas instantáneas y enfocó su cámara fotográfica. Uno de los marinos japoneses lo advirtió, dejó de quitarse su zamarra empapada y, colérico por lo ocurrido, se molestó por aquellas fotografías. Y levantándose dio un empujón a Rossie Carwey.

De no ser por Lou Graham, la muchacha habría caído al mar junto con su cámara fotográfica, perdiéndose todo el material gráfico que con tanto riesgo había conseguido. Las fuertes manos del periodista consiguieron sujetarla a tiempo, pero, nada más dejarla en el fondo del bote, fue hacia aquel irascible japonés y le atrapó con fuerza por la pechera de sus ropas.

Le habría vuelto a arrojar al mar, de no ser por la intervención de Olga y René que le rogaron:

—Calma, Lou, por favor.

Serénate, amigo: eso sería vengarse de una villanía cometiendo otra.

—¿Pero de qué pasta estáis hechos? —les replicó—. ¿No habéis visto lo que intentó hacer?

—Están furiosos, Lou. Debes comprenderlo.

—¡Yo también estoy furioso, después de todo lo que he visto! Ese tipo merecía que…

El japonés no lograba entender lo que hablaban, como los otros cuatro que habían conseguido subir al bote. Se limitaban a cubrirse con las mantas, tiritando de frío y mirando con ojos asustados.

—Hay que llevarlos a su barco —propuso Jack Mac Graven.

Pero no llegaron al averiado ballenero, porque una de sus motoras se acercaba, y Oswald Andersen hizo que su bote acortase las distancias.

En la otra motora uno de los japoneses hablaba inglés y manifestó, mientras sus compañeros eran transportados a su embarcación:

—Gracias… Muchas gracias. No sé lo que opinará nuestro capitán,

pero nos han dado una buena lección con su noble comportamiento.

—Dígale a su capitán que le denunciaremos —advirtió Oswald Andersen—. ¡Lo que han hecho es una salvajada!

—*Sayonara* —saludó aquel marino.

—Vamos al yate, Oswald —propuso Olga a su hermano—. Nosotros también estamos muertos de frío.

Capítulo VIII

HABÍA sido una jornada muy larga, dura, fatigosa y, además, con mucho riesgo.

Pero ahora, las dos mujeres y los cuatro hombres se sentían satisfechos y, mientras consumían la cena, no dejaban de comentar animadamente todos los lances.

—Ha sido muy emocionante —comentó Lou Graham.

—Yo lo resumiría diciendo que también muy triste —objetó Oswald Andersen.

—Sí; esas pobres ballenas… —recordó Olga.

—Lástima que ya sea de noche; pero me gustaría volver allí.

—¿No has tenido bastante, Rossie? —ironizó Lou Graham.

—Lo digo para terminar mi reportaje gráfico.

—Ya habrá muerto la ballena —calculó Jack Mac Graven.

—Sí… El encontronazo debió ser terrible.

—¿Nos llevarás, Oswald? —insistió la fotógrafo—. Me gustaría poder hacer las últimas fotografías.

—Iremos, Rossie; pero la encontrarás flotando, muerta.

—¿Más café, chicos? —ofreció Olga.

—Creo que lo mejor es que vayamos a descansar, hermanita.

—Yo, al menos —bostezó René—, ¡Me muero de cansancio!

—Mi hermana compartirá su camarote contigo, Rossie.

—No os preocupéis —adelantó Lou Graham—, Puedo dormir aquí mismo. Nada de eso, hombre. En el de Jack hay una litera.

—Por mí, encantado —manifestó el irlandés.

—Pues cada mochuelo a su nido.

—Voy a quedarme un rato más, Oswald. Tengo varias ideas y quiero empezar a escribir sobre todo esto.

—Como quieras, Lou. ¡Buenas noches a todos!

—¿Deseas que me quede?

—No hace falta, Rossie. También estarás cansada. Y tú ya hiciste tu trabajo.

—Espero que el jefe quede satisfecho.

—Lasty se entusiasmará. Dispondremos de una soberbia documentación gráfica, nenita.

—No te canses mucho, Lou.

—Buenas noches, Rossie.

Al quedarse solo, Lou Graham se sirvió más café y encendió otro cigarrillo. Fuera, el frío de la noche soplaba, pero allí se estaba bien calentito, gracias a que el *Esperanza* había sido un yate de lujo. Una sólida y moderna embarcación para realizar viajes de placer, pero que ahora, en virtud de los ideales de aquellos cuatro jóvenes, servía para algo más.

El periodista se prometió darles en su crónica el protagonismo que se merecían, relatando su generoso, noble y valiente comportamiento. Y también pondría al ballenero japonés en su lugar correspondiente.

El mundo debía enterarse de que ocurrían aquellas cosas. Buscó unas cuartillas y escribió:

> «JUGANDOSE LA PIEL:
>
> «Siendo pequeño mi madre me aconsejó que, o bien realizase cosas dignas de ser escritas, o bien escribiese cosas dignas de leerse. Pues bien: hoy he presenciado hechos que son muy dignos de ser relatados. La diosa Casualidad me puso en contacto con el Grupo Internacional de Ecologistas la *Esperanza*, compuesto por cuatro maravillosos jóvenes que se llaman…»

Sintió pasos sobre el piso de madera del pasillo y preguntó:

—¿Eres tú, Rossie…?

Nadie le contestó, y volvió a indagar:

—¿Quién anda por ahí?

La puerta se abrió con cierta brusquedad y un oficial japonés bajito, pero con una pistola en su mano enguantada de negro, penetró y le ordenó en correcto inglés, con voz amenazadora y silbante:

—¡Siga sentado! Y nada de gritos ni de alzar la voz, o le dejo seco ahí mismo.

—¿Qué significa esto? ¿Quién diablos es usted? ¿Qué hace aquí? ¿Cómo ha podido subir al yate?

—Las preguntas las haré yo, amigo —advirtió tajante. Sus ojillos vivaces recorrieron la estancia y quiso saber:

—¿Dónde están los otros?

—Durmiendo: en sus camarotes.

—Bien… Sólo me interesa esa cámara fotográfica.

—No sé de qué me habla —replicó evasivo.

—¡No lo niegue! Uno de mis hombres, al que recogieron en su bote,

la vio.

—Ya recuerdo, pero… ¿Aunque sea así?

—Voy a llevármela… Con el carrete dentro, naturalmente.

—¿Por qué?

—¿No me ha entendido antes? Le dije que las preguntas las haría yo.

—Tiene que decirme para qué quiere esa película.

—A nuestra compañía no le interesa que… Digamos, se divulguen ciertos hechos.

—No lo podrán evitar. Hoy han cometido una barbaridad. ¡Una salvajada!

—¿Y quiénes son ustedes para juzgarnos?

—Les juzgará el mundo entero. Este reportaje saldrá publicado en muchos países.

—Escuche, amigo: ustedes podrán contar lo que les venga en gana. Si le creen o no, allá ellos… Pero no podrán presentar ningún documento gráfico en el que se vea nuestro ballenero, porque le repito que eso no le interesa a nuestra compañía.

—¿Y quién lo impedirá?

—¡Yo!

—¿Piensa matarme? ¿Asesinarnos a todos?

—Podría hacerlo…

—Eso sería otra canallada. Me extraña que no se haya traído sus arpones.

—Pesan mucho, con esta pistola me basta.

Retador, coléricas sus pupilas grises, Lou Graham incitó:

—Bien: pues dispare ya. ¡Empiece conmigo!

—Podría enfadarme, señor… señor… ¿Cómo se llama?

—Para nada le interesa mi nombre.

—No se envalentone, o le agujereo el cerebro.

—¡Le he dicho que dispare ya!

—Ni grite.

—¡Usted no da órdenes aquí!

—Lo siento, amigo… Me ha obligado…

Lou Graham sostuvo la mirada fría y decidida de aquellos ojos oblicuos, hasta que el movimiento de la mano enguantada de negro se movió adelantándose más, y sus ojos bajaron hasta el brillante y amenazador cañón de la pistola.

Fue consciente de que estaba mirando a la muerte cara a cara.

En un momento dado de aquel arma brotaría un fogonazo, y no tendría tiempo de ver la bala, que penetraría por su frente hacia el cerebro, hurgando en él como una avispa de muerte.

¿Pero qué podía hacer? ¿Ponerse a suplicar como una vieja aterrada

de miedo?

Ni aún así, conseguiría algo. Aquel hombre estaba allí por un objeto que le interesaba mucho.

Y leía en sus ojos que estaba firmemente dispuesto a conseguirlo.

—¡Por Dios vivo! —exclamó en su irritada desesperación—. ¿A qué espera? De pronto escuchó que le ordenaba:

—¡Dése la vuelta!

—¡No! ¡Asesíneme mirándome a los ojos, cobarde!

—¡Usted lo ha querido!

Le vio alzar más la mano, pero rápidamente percibió que no era para dispararle, sino para golpearle con el arma.

Aquel rayo de esperanza le dio valor para elevar también sus brazos, en un intento de impedir que le golpease con la mano armada con la pistola. En el forcejeo que siguió, los dos jadearon mirándose con odio y sorda furia, hasta que, en uno de los movimientos, la pistola se disparó.

Lou Graham quedó deslumbrado por el fogonazo a pocos centímetros de su frente, y su breve aturdimiento fue aprovechado por el japonés, que logró derribarle, aferrado con la otra mano a su muñeca y tirando hábilmente de ella, para hacerle pasar sobre sus hombros que, velozmente, se habían agachado.

Una limpia llave muy oriental.

Se golpeó con estrépito y, antes de que pudiese reaccionar y levantarse, algo muy duro y contundente chocó contra su cabeza.

Todo se volvió brillante, en círculos concéntricos y nubes negras que flotaban en su cerebro, una fracción de segundo antes de sumirse en la más completa oscuridad.

En la nada…

* * *

Lou Graham no pudo ni oír ni ver que, fuera, sobre la cubierta y estrechos pasillos del yate, sus amigos también sostenían otra desesperada lucha.

Los cuatro marinos japoneses que habían llevado en uno de sus botes de remos a su oficial hasta allí, habían quedado alarmadamente sorprendidos por el ruido de aquel disparo en la noche.

Oswald, Jack. René, y hasta las dos mujeres, se lanzaron fuera de sus camarotes, tal como estaban.

Los tres jóvenes ecologistas también debieron adivinar que los marinos balleneros no utilizarían sus armas de fuego, pese a haber abordado el yate con no muy buenas intenciones. Se limitaban a defenderse con ellas, golpeándoles, pero ninguno de los cuatro

disparaba.
El joven René rodó, tras recibir un culatazo en el pecho.
Libre de oponente, aquel japonés se volvió para ayudar a uno de sus compañeros, que estaba enzarzado con Oswald Andersen.
Pero nada pudo hacer.
Algo que sonó como si fuese un «gong» metálico le golpeó por detrás, en la cabeza, enviándole al país de los sueños.
Nuevamente, con la sartén alzada, Rossie animó a la amiga:
—¡Vamos a por otro!
Olga Andersen enarbolaba una cacerola, también metálica, y corrió hacia popa, al ver que allí Jack Mac Graven se las estaba entendiendo a puñetazo limpio con dos de los balleneros japoneses. El irlandés recibía y daba, en una rápida sucesión de golpes que les hacía jadear.
Pero la muchacha sueca no tuvo tan buena puntería como su amiga Rossie. Con aquel revoltijo de brazos, hombros y veloces giros, terminó golpeando con la cacerola en el cuello del irlandés, que empezó a agacharse, doblando las rodillas aturdido, con sus manos a la parte dolorida al exclamar:
—¡Uf! ¡Qué golpe, Cristo!
En aquel instante en el que la aterrada Olga reculaba ante los dos japoneses, que avanzaban hacia ella, pese a seguir con la cacerola en las manos, escuchó el estampido de otro disparo y una voz perentoria que ordenaba:
—¡Quietos todos! ¡La fiesta terminó!
El oficial japonés había salido a la cubierta y su mano continuaba empuñando la pistola.
Habló a los japoneses en su idioma y, sin transición, volvió a gritar en inglés:
—Traigan esa maldita cámara fotográfica, o les arrojamos a todos al mar. ¡Pronto!
Medio arrodillado y con las manos aún en el cuello dolorido, Jack Mac Graven intentó incorporarse del todo, mientras veía acercarse a sus amigos, ya rodeados por los cuatro balleneros.
Oswald, su hermana Olga, Rossie y el joven René, fueron puestos junto al irlandés Jack Mac Graven, que miró a la muchacha sueca, que todavía tenía la cacerola en sus manos, y quiso saber:
—¿Me golpeaste tú?
—Lo… lo siento, Jack, pero…
—¡Silencio! —volvió a bramar la voz del oficial.
Nuevamente habló en japonés a sus hombres y uno de ellos dejó de vigilarles con su rifle, alejándose. Luego dijo en inglés:
—Usted, señorita… ¡Ayúdele a encontrar esa cámara fotográfica!

—¿Qui…quién, yo…? —vaciló Rossie.

—¡Sí, usted! Y no pierda tiempo.

Rossie fue a seguir al ballenero japonés, cuando de pronto la suerte cambió.

Capítulo IX

—¿QUÉ han hecho con nuestro amigo Lou?

La pregunta del irlandés Jack Mac Graven parecía absurda, puesto que estaba viendo salir al periodista por una de las ventanas que daban a cubierta desde el salón comedor.

Sin embargo, lo hizo para llamar más la atención del oficial japonés, que seguía encañonándoles con su pistola. Quedaba frente a ellos, pero dándole la espalda a Lou que, como una culebra, seguía deslizándose hacia la cubierta. El hecho de que los otros japoneses no pudieran verlo se debía a que estaban situados más a la izquierda del grupo de ecologistas, a los que no dejaban de vigilar con sus rifles.

Y quizá a un reflejo de la Luna, que sólo iluminaba aquella parte de la cubierta.

De cualquier manera, antes de que Rossie siguiera los pasos del ballenero que debía encontrar la cámara fotográfica, Lou Graham logró situarse detrás del oficial y, con veloces pasos, se lanzó sobre él por la espalda. Le atenazó bien con uno de sus brazos, mientras con la otra mano le ponía un cuchillo sobre el cuello, al tiempo de gritar con voz enérgica:

—¡Quieto, payaso! ¡O te lo hundo en la yugular!

Y antes de que el oficial o alguno de sus hombres pudiese reaccionar, le advirtió:

—Un pestañeo y eres hombre muerto… Diles que arrojen al mar esos rifles y tú suelta esa pistola.

El oficial debió ordenarlo así a sus hombres, porque los cuatro balleneros japoneses, nada más oír sus voces, arrojaron las armas por la borda. El mismo aflojó sus dedos enguantados y la pistola cayó al suelo de madera de la cubierta, y, veloz como un rayo, el irlandés Jack Mac Graven se abalanzó sobre ellos, Con gesto fiero también la lanzó al mar, y a su vez advirtió:

—¡Sucio cobarde! Aquí no nos gustan las armas… Sólo empleamos ¡esto! El directo en pleno mentón fue de campeonato.

El oficial japonés se desplomó ya sin sentido antes de aterrizar sobre la cubierta. Quedó hecho un ovillo a los pies de Lou Graham, que le dijo al amigo:

—No seas bruto, Jack. Otro así y le arrancas la cabeza.

—¡Se lo merece! Han abordado nuestro barco como piratas.

—Oswald, René… ¡Atad a esos cuatro! —pidió Lou, que siguió indicando a Olga y Rossie—. Y vosotras: buscad unas cuerdas.

—¿Por qué atarlos? —objetó Oswald—, Mejor bajarlos a todos a su bote y que vuelvan a su ballenero.

—De acuerdo, Oswald, pero sólo a esos cuatro.

—¿Y para qué queremos a ése, Lou?

—Nos lo quedamos. Quiero tener unas palabritas con él. ¡Me golpeó con su pistola en la cabeza!

—Ya estás en paz, Lou… Jack le golpeó con su puño.

—De todas formas, quiero hablar con él, cuando se recupere.

Vencidos, no deseando tener más jaleos, los cuatro balleneros japoneses bajaron de buen grado a su bote de remos, atado a uno de los costados del yate. Nada más verles remar, alejándose, Lou Graham volvió a proponer a Oswald:

—¡Pronto! Tenemos que alejarnos de aquí, o regresarán otros a por su oficial.

—¿Y para qué quieres retener a ese hombre, Lou?

—Será la prueba de que nos han atacado. Tendrá que declarar la verdad de sus intenciones.

—Pero… Nosotros tampoco queremos complicaciones, Lou.

—¿Por qué no? Lo que hicieron es ilegal.

—Te diré, amigo. La gente suele aprobar lo que hacemos. ¡Hasta nos aplauden! Pero las autoridades, la verdad, Lou, no se comprometen a ayudarnos.

—De todas formas, Lou tiene razón, Oswald.

—Es posible, hermanita, pero… ¿A quién se lo vamos a entregar aquí? Esto es un rincón perdido del mundo y…

—En la isla Unalaska está el sargento Wilbur. ¡Le diremos toda la verdad!

—De acuerdo, Lou. Le bajaremos a uno de los camarotes. Luego, Oswald Andersen miró a René y a Jack, al decidir:

—Trazad la ruta. ¡Vamos a Unalaska!

* * *

La isla estaba más tranquila. La capital del archipiélago de las Aleutianas había vuelto a la normalidad. Los periodistas, fotógrafos y curiosos ya no tenían motivos para desear ir a la isla del Comendador para intentar ver entre los dos islotes, la lucha y la resistencia del gigantesco cetáceo frente a los balleneros japoneses.

Las últimas noticias transmitidas por radio anunciaban que todo

había terminado. Una vez más, las ballenas habían perdido.

Cuando el yate *Esperanza* llegó al pequeño muelle de Unalaska, nadie salió a recibirles. Nadie sabía lo que aquel pequeño grupo de ecologistas había tenido que vivir ni sobre el documento gráfico tan estupendo que habían conseguido.

Sobre todo, Rossie ocultaba celosamente su trabajo.

Lou Graham se plantó ante el oficial japonés, azuzándole:

—¡Arriba! Va a venir con nosotros.

—¿Dónde me llevan?

—Personalmente, Rossie y yo vamos a presentar una denuncia contra usted.

—¿De qué me acusan?

—Para empezar, de abordar este barco con cuatro de sus hombres, de intento de robo…

¡Y si me apura, de asesinato!

—No tiene ningún testigo de todo eso, amigo.

—Pero ustedes lo hicieron.

—¿Quién le va a creer?

—El sargento James Wilbur, la máxima autoridad aquí.

—Lo negaré todo.

—Su presencia aquí, ya basta.

—¿Y va a declarar que vine al yate sólo, así, sin armas?

—¡Es cierto, Lou! —intervino Jack Mac Graven—, Yo mismo arrojé su pistola al mar.

—¿Lo ve, periodista? —pareció burlarse el oficial japonés.

—No cante victoria, el sargento Wilbur me creerá.

Pero unos minutos después, ante la presencia del policía, el sorprendido fue Lou Graham, al oírle decir:

—¿Saben que hay una denuncia contra ustedes?

—¿De qué se trata, sargento? —se interesó Oswald Andersen.

—El capitán del *Mimura* les acusa de retener a uno de sus oficiales. Adelantándose un paso, el oficial japonés dijo como presentación:

—Ese soy yo, sargento. Kano Nyoko, teniente de la Marina Mercante Imperial Japonesa, con destino en el ballenero *Mimura*.

Su inclinación de cabeza era típicamente oriental, y el sargento Wilbur casi la imitó. Su cabeza se quedó a medio camino y reponiéndose, se interesó:

—¿Ha sido usted retenido a la fuerza, teniente Nyoko?

—En efecto, sargento. ¡Estos locos me han raptado!

Tanto Rossie como Lou, así como los jóvenes ecologistas, quedaron asombrados ante aquella acusación.

Y fue el periodista el primero en reaccionar, objetando furioso:

—¡Eso es mentira! Nosotros le explicamos por qué le retuvimos y le hemos traído aquí.

—Calma, señor Graham —pidió el policía—. No adelantamos nada con gritar y excitarnos.

Excepto al joven francés, René Tour, que se había quedado en el yate, Lou Graham, señalando a sus amigos, dijo:

—Les pongo como testigos de que lo que le voy a contar es la verdad, sargento.

En pocas palabras le contó todo lo ocurrido la noche anterior en el yate *Esperanza*, sin olvidar detalle. Y terminó argumentando: —Así que si a eso se le llama rapto, que venga Dios y lo vea, sargento.

—¿Qué dice usted a eso, teniente Nyoko? —indagó el policía.

—Pura inventiva, señor.

—¿Va a negarlo? —volvió a irritarse Lou.

—¡Totalmente, joven!

—Entonces, ¿cómo explica el hecho de que se encuentre ahora aquí, entre nosotros?

—Es muy sencillo, y ustedes lo saben bien, joven. —Se volvió hacia el policía y añadió—: Cuando la ballena embistió al *Mimura*, fui de los que cayeron al mar, sargento. Estos locos andaban por allí molestándonos con su bote, y me recogieron. ¡Desde entonces me han retenido a la fuerza!

—¡Miente, sargento! Le he dicho que pongo a mis amigos por testigos.

—Y yo podré poner a más de cien hombres de la tripulación del *Mimura* —rechazó solemne el oficial japonés.

—¿Y qué me dice de este chichón? —mostró Lou—. Me lo hizo él, golpeándome con su pistola.

—¿Qué pistola, joven?

—La que yo arrojé al mar —intervino Jack Mac Graven.

—Ya lo ve, sargento. Nada en concreto. Tienen mucha imaginación.

—¡Es usted un cara dura! —le apostrofó Rossie.

—Sin insultar, señorita.

—¿Va a negar que venían a buscar…?

Rossie Carwey no pudo terminar, porque el sargento Wilbur, también irritado, gritó a su vez, enérgico:

—¡Basta! ¡Ya estoy harto de todo esto! ¡A callar todos!

Consiguió dominarse y volvió a recordar: —Lo que si es bien cierto es que el capitán del *Mimura* se puso en comunicación por radio conmigo y denunció la falta de uno de sus oficiales. El teniente Nyoko afirma que ustedes le raptaron y le han mantenido a la fuerza en su yate, mientras que ustedes afirman otra versión muy distinta.

Hizo una pausa y, tras mirar a todos alternativamente, les apuntó, conciliador:

—¿Qué tal si lo dejamos en tablas?

—Pero es él quien miente, sargento. Todos nosotros podemos jurar que…

—Y yo le repito que mi acusación la podrán jurar, a su vez, el capitán y toda la tripulación del *Mimura*—insistió el marino.

Mirándole directamente a los ojos, el policía quiso concretar:

—¿Qué dice a eso, señor Graham? Yo sólo quiero evitar engorrosos papeleos y disgustos a uno y otros. ¿Zanjamos este enojoso asunto, señores?

Tras un breve silencio, el sueco Oswald Andersen miró al amigo al opinar:

—Creo que será lo mejor, Lou.

—Tú dirás, Oswald, pero por mi parte…

Deseando a su vez también terminar aquello, el policía se volvió al oficial japonés, preguntándole:

—¿Qué dice usted, teniente Nyoko?

—Retiro mis acusaciones, sargento.

—¡Estupendo, amigos! Todos de acuerdo, ¿no?

—Pero conste que lo hago por usted, sargento.

Sin poder contenerse, Rossie miró al japonés y estalló:

—¡Es usted odioso!

—Y usted una bella señorita, pero que debería tener más cuidado con sus palabras.

—No vuelvan a empezar, por favor —rogó el policía.

Olímpicamente, como olvidando a los que le habían llevado hasta allí, el oficial japonés se acercó al policía, solicitando:

—El *Mimura* tendrá que quedarse por aquí, hasta reparar algunas averías, sargento.

—Ya me lo dijo su capitán, teniente.

—¿Puedo utilizar su radio, sargento? Si es tan amable, necesito…

—Puede, teniente: ahí la tiene.

Un instante después, aquel hombre cínico y frío, empezaba a hablar por la radio pero, naturalmente, utilizando su idioma.

Nadie entendía allí una palabra en japonés.

Lou Graham decidió salir de la oficina y, tras ofrecer su mano al policía, se excusó:

—Sentimos haberle molestado, sargento.

—Reconozca que ha sido la mejor solución, señor Graham. Por aquí no nos gustan las complicaciones: vivimos muy tranquilos.

Antes de que terminasen de salir del largo barracón, la máxima

autoridad de Unalaska, recordó:

—¡Ah! Y no olvide poner mi fotografía en su crónica, amigo.

Capítulo X

GOLPEANDO la palma de su mano con el puño de la otra, el irritado Lou Graham se desahogó exclamando:

—¡Le habría chafado las narices!

—Y yo, Lou, pero reconoce que ha sido la mejor solución. Nuestra situación ya es bastante precaria. Te he dicho que la gente nos acepta; hasta nos miran con simpatía. Pero las autoridades y los gobiernos no se quieren complicar, y el sargento Wilbur temió que ese cínico pudiera plantearle alguna queja diplomática.

—De acuerdo, Oswald. Cedí por vosotros.

—Te lo agradecemos. Debes comprender que todas las compañías balleneras se ayudan mutuamente, ya sean rusas, japonesas o de cualquier país. Son muy poderosas y practican aquello de «hoy por ti y mañana por mí».

—Necesitamos conservas y otras provisiones —les anunció Olga.

—Olga y yo iremos a encargarlas —se ofreció el irlandés—. Diremos que las lleven al yate.

—Os esperaremos allí —aceptó Oswald.

Y añadió, nada más ver alejarse a la pareja:

—Jack está enamorado de mi hermana.

—Ya me he dado cuenta —dijo Rossie.

—Yo hago que no me entero —sonrió Oswald Andersen—. Pero siempre que puedo los dejo solos.

Sin saber ciertamente por qué, los ojos azules de Rossie buscaron las pupilas grises de Lou Graham, que aprovechó para confesar:

—Y yo lo estoy de Rossie; con la diferencia de que ella no se quiere quedar a solas conmigo.

—¿Ah, no? —objetó la muchacha—, ¿Y quién ha venido contigo desde San Francisco?

—Tú, pero siempre hemos estado rodeados de gente.

—Haríais una buena pareja —opinó Oswald.

—¿Verdad que sí? Gracias, amigo.

—Lo malo es que Oswald desconoce tu biografía —recordó Rossie—. Este bribón casi siempre está «emparejado».

—¿Mujeriego, Lou?

—¡Uf! No lo sabes bien —volvió a recordar la muchacha—. Hacen cola por él y el muy bribón se aprovecha.

De pronto, Oswald Andersen les anunció:

—Bien, yo os dejo. Voy a dar una vuelta por ahí.

—¡Eh! ¿Dónde vas, Oswald?

—Os espero en el yate.

Viendo alejarse al amigo, el periodista preguntó risueño:

—¿Te asusta quedarte a solas conmigo, Rossie?

—¿A mí? No es tan fiero el león como lo pintan.

—Ven, nenita, vamos a entrar ahí. Tomaremos algo caliente.

—¡Oh, no! Debe ser una taberna, llena de marinerotes, esquimales y balleneros.

—Y cazadores de focas, Rossie.

—Pobrecitos animales. Te prometo que nunca me compraré un abrigo de piel de foca.

¡Ni de ballena!

—¿Ya te has hecho ecologista, cariño?

—¿Por qué no, Lou? Olga me ha hablado mucho sobre eso. Es una chica muy preparada y responsable.

Entraron en aquel barracón de troncos de árboles, como la mayoría de las casas de aquellas frías latitudes. Los cristales de los pequeños y cerrados ventanucos estaban totalmente empañados por el calor interior, el humo y el abigarrado ambiente que reinaba allí. Mesas y taburetes, fabricados a mano en tosca madera, estaban llenos de unos clientes, todos ellos vestidos con toscas pieles, que consumían vodka, whisky y fuertes licores.

Nada más entrar, muchas miradas masculinas se clavaron en Rossie Carwey, que se ruborizó. Se sentía como desnudada por aquellos ojos golosos, pese a las gruesas pieles que envolvían su cuerpo.

Lou Graham, divertido, presionó con sus dedos el brazo de la muchacha y la animó:

—Tranquila.

—¡Todos me miran!

—Es que estás preciosa, nenita.

—No empieces, por favor.

—Vamos a aquel rincón. Por fortuna veo una mesa vacía.

—¿Qué hacen aquí todos estos hombres?

—Ya lo ves: charlar de sus cosas, beber, oír música, divertirse un poco…

—¿Música, dices?

—Bueno, no es precisamente la filarmónica de Nueva York, pero con ese acordeón les basta.

Se acercó un individuo bajo y rechoncho, con los característicos rasgos faciales de la raza esquimal. Pasó un mugriento paño sobre la mesa e indagó:

—¿Qué van a tomar?

—Yo whisky.

—Es bourbon canadiense.

—Me gusta. ¡Es más fuerte!

—¿Y su esposa?

—A mi mujer le apetece…

—Un vaso de leche —puntualizó Rossie.

—No sé si le gustará, señora.

—¡Me gusta! Aunque sea de cabra u oveja.

—No es de lo uno, ni de lo otro, señora.

—¿De qué es?

—De ballena.

—¡Ah, no, no!

—¿Le apetece a la señora un buen filete?

—¿De qué?

—De foca, señora.

El gesto que hizo la muchacha le animó a Lou a indicar:

—Confórmate con el whisky, cariño.

—¿Dos whiskys, entonces?

—¡Tres! El mío que sea doble.

—El mío, con agua.

—Será con trozos de hielo, señora: aquí la «fabricamos» así.

—¡Qué remedio! Pero el mío sin mosca —quiso echarlo a broma la periodista fotógrafo.

—¿Có…cómo dice, señora?

—Que sin mosca —repitió Lou.

—Me alegro, porque aquí no las hay, señora.

Por fin se retiró el rollizo mozo, pero un par de parroquianos se acercaron a la mesa, y el más alto se atrevió a solicitar:

—¿Me permite que baile con ella, amigo?

—¡No! —negó Lou Graham, secamente.

—¿Por qué no, amigo?

—¡Porque es coja!

—¿Coja? —se sorprendió el individuo.

—¿No se ha fijado al entrar?

—Precisamente por eso.

—Lárguense, por favor.

—Oiga, amigo, no se irrite. Es que por aquí, ver una mujer así es

como encontrar una aguja en un pajar.

—Por mi tierra eso es muy fácil.

—¿Nos toma el pelo?

—No: simplemente hacemos que un caballo se coma la paja y luego le hacemos una radiografía.

—¡Muy gracioso! —empezó a encresparse uno de ellos.

Rossie Carwey quiso evitar la posible pelea y, medio levantándose, se ofreció al «sacrificio»:

—No me importa: si quieren bailo un poco y…

—¡No! Siéntate, mujer.

—Si ella quiere…

—¡Yo, no!

—¿Machista, amigo?

—No: prudente. Mi mujer está embarazada de meses. Ahora sí que Rossie se ruborizó.

—¡Ah, perdone, señora! —se excusó uno de ellos, retirándose los dos.

—¿Por qué dijiste una barbaridad así, Lou?

—No es tanta barbaridad. Podría ser cierto, ¿no?

—¡Pero no lo es!

—Aquí viene nuestro whisky.

—Ahora lo necesito.

—Pues creo que no sienta bien durante los embarazos y…

—¡No repitas eso, por favor!

—¿Es que no te gustan los niños?

—El que no me gusta es el presunto «padre».

—Pues no estoy tan mal, mujer.

—¡Vanidoso!

Al dejar los vasos sobre la mesa, el mozo esquimal les anunció:

—Junto al mostrador hay un hombre que desea hablar con ustedes.

Al mirar, identificaron al instante al oficial japonés, que ya conocían. Desde lejos les sonrió, alzó el vaso que tenía en su mano y pareció brindar por ellos, buscando su consentimiento.

Pero Lou Graham rechazó secamente:

—Dígale que se vaya al infierno.

—Es que me dio una buena propina y yo… yo…

—Tenga otra mejor, pero déjenos solos, por favor.

El esquimal les sonrió de oreja a oreja, inclinándose ante aquellos billetes y se alejó, reculando.

—¿Qué querrá ahora ese japonés? —se interesó Rossie.

—Puede que pedirnos perdón por… Esos tipos son así de «educados».

—¡Se está acercando, Lou!

Era cierto: el teniente Nyoko también se inclinó ante aquella mesa, ofreció su mejor sonrisa oriental y cortés, solicitó:

—¿Puedo sentarme, amigos?

—¡No! Y no somos sus «amigos».

—Podríamos llegar a serlo.

—Ni lo intente.

—Tengo algo que ofrecerles.

—¿Por ejemplo?

—¿Cuánto quieren?

—¿Por qué?

—Por todas esas fotos. Les compro hasta la máquina.

—Tengo entendido que los japoneses tienen las mejores máquinas fotográficas.

—¡Cierto! Son las mejores… Pero a nosotros nos interesa la de la señorita.

—No está mal, teniente. Primero se las quiere llevar a la fuerza. Ahora lo intenta con dinero.

—Por eso insisto, señor Graham. ¿Cuánto?

—Retírese: no tiene dinero para pagar eso.

—Se equivoca: mi compañía es muy poderosa.

—Lo será menos cuando el mundo entero vez cómo sacrifican a las ballenas.

—Es lo que pretendemos evitar, señor Graham. Una cosa así nos haría una publicidad muy… negativa.

—La que merecen.

—¿No se podría evitar?

—No sé cómo.

—Muy sencillo: ustedes me dan esas fotos y los negativos, y yo estoy autorizado para extenderles un cheque que podrán hacer efectivo nada más llegar a San Francisco.

—¡Vaya! ¿Ya sabe que venimos de allí?

—Y que es el *SanFranciscoStar* el que les paga.

—No se canse más: nos conformamos con los sueldos que nos dan.

—Perdonen, pero debo insistir. ¡Es muy importante para mi compañía!

—Y para nosotros también, aunque en sentido opuesto.

—No sea niño, señor Graham: las ballenas se seguirán cazando.

—¿Hasta su total exterminio, teniente?

—No es cosa que me preocupe. Cuando se terminen las ballenas, cazaremos más leones marinos, elefantes marinos, oreas o focas. O, simplemente, la emprenderemos entonces con los juguetones delfines.

—¡Muy edificante!

—Comprendan que ciertas industrias no se pueden paralizar. ¡Hay muchos millones en juego!

—¿Y la vida de esos hermosos animales?

—Para nada cuentan. Convénzase, señor Graham. Desde siempre, el hombre ha sido el animal más depredador de la Tierra. Ni usted, ni nadie, podría contar la cantidad de otras especies que, a través de su larga historia, ya ha exterminado en su provecho.

—¿Y no cree que va siendo hora de cambiar eso?

—Es una ley de vida, amigo.

—¡No! Es una ley de egoísmo y muerte.

—No me hable como un ecologista, por favor.

—¡Ya lo soy!

—No, señor Graham: usted es periodista y la señorita Rossie también. Personas con estudios, razonables, civilizadas que…

—No me hable de civilización, o le diré lo mismo que nuestro amigo Jack Mac Graven.

—¿Qué dice ese irlandés?

—Entre otras muchas cosas, que dondequiera que se implanten muchas máquinas para reemplazar a los hombres, encontraremos muchos hombres como usted que no serán otra cosa que máquinas.

—Permita que me ría: ese bruto irlandés es un soñador.

—Pero pega fuerte, ¿verdad, teniente? —le recordó maliciosa Rossie. El japonés se tocó el mentón y su comentario fue:

—Lo dicho: un bruto con buenos puños, nada más.

—Yo también los tengo —le dijo Lou Graham—, Así que si no quiere irritarme más, le rogamos que…

—¿Es su última palabra?

—La de los dos. —Volvió a apoyar Rossie.

—Bien… bien… Pues yo también les voy a decir mi última palabra.

Sus ojillos oblicuos se achicaron más, su pálido rostro varió de expresión y, antes de girar sobre él mismo alejándose, entre dientes, anunció:

—¡Lo sentirán!

Capítulo XI

PEDALEANDO «algo» que pretendía ser una bicicleta, la cual como remolque llevaba un carrito detrás, un mocetón llamó desde el muelle:

—¡Eh! ¡Los del yate!

Lou, Oswald y Rossie se asomaron desde la cubierta, y el nativo anunció:

—Traigo las provisiones que compraron en el almacén.

—Súbalas, por favor —indicó Oswald.

—Bajaré a echarle una mano —se ofreció Lou Graham.

Descendió por la escalerilla para cargar con una de las cajas, cuando el mozo de la bicicleta pareció irritarse mucho al advertir:

—¡No toque nada de eso! Ya lo haré yo.

—¿Qué le pasa, amigo? ¿Le molesta que le ayude?

—¡Sí!

—¿Por qué?

—Le he dicho que no toque eso. ¡Déme esa caja!

Se la quitó con tanta fuerza y enfado de las manos, que, a su vez, el periodista le detuvo antes de que llegase a la pasarela:

—¡Un momento, chico! ¿Qué diablos te pasa?

—Nada… Nada… Pero ya me han dado propina para que las traiga yo, y no… no…

—¡Quieto ahí! ¡Y esa caja al suelo!

—¿Por qué, señor?

—Quiero ver lo que traes en ella.

—Pues… Lo que encargó la señorita… Conservas, unos víveres y… ¡Eh! ¡No revuelva todo eso!

—Con que «conservas», ¿eh?

Medio arrodillado ante la caja de cartón, Lou Graham miraba hacia arriba, buscando los ojos huidizos del mozo. En sus manos le mostraba unos cartuchos de dinamita atados, unidos a un mecanismo de relojería para que, en un momento determinado, hicieran explosión.

Olga, René y Jack Mac Graven, habían salido a cubierta al oír la discusión, y la muchacha sueca, advirtió:

—Ese no es el chico al que le hicimos el encargo de las compras.

—¡Me lo temía! —exclamó Lou Graham.

El nativo empezó a correr, huyendo por el muelle a una velocidad de relámpago. Lou Graham tuvo la intención de perseguirlo, pero recordó lo que tenía en sus manos y gritó:

—¡Apartaos todos! ¡Esto puede explotar!

La carrerilla que tomó fue para correr hasta el mismo borde del muelle y, desde allí lanzar al agua con toda la fuerza de sus brazos los cartuchos de dinamita atados y el aparato de relojería.

Alterado el mecanismo por el brutal choque, los cartuchos de dinamita explotaron bajo el agua, pero levantando grandes surtidores y llenando el pequeño muelle con su estruendo.

Lou Graham corrió hacia el carrito de la bicicleta para examinar las otras cajas de cartón con las mercancías compradas por Olga, pero la voz de Oswald le advirtió:

—¡Sube, Lou! ¡Partimos ahora mismo!

—Pero esto también puede explotar y…

—¡Sube te digo! ¡No quiero más complicaciones! ¡Arriba, Lou!

Bueno, el responsable del yate al fin de cuentas era Oswald Andersen, ¿no?

Lou Graham corrió por la pasarela, nada más alcanzar la cubierta, Jack Mac Graven ayudó a Oswald y, un instante después, el *Esperanza* ya estaba apartándose del muelle. Sus poderosos motores no tardaron en darle mayor velocidad y, ya prudentemente alejados, su capitán dijo:

—No vamos a seguir el juego a esos japoneses, Lou. Si lo que pretenden es interrumpir nuestro viaje como sea, para que esas fotos que tomó Rossie no lleguen a publicarse, se equivocan.

—¿Cómo llegaste a sospecharlo, Lou?

—No sé, Rossie… Pero me extrañó mucho la actitud de ese tipo y… Me vino a la memoria que el teniente Nyoko nos dijo en aquella taberna que nos acordaríamos de él.

—Sí, Lou. ¡Nos amenazó!

—Eso debe haber sido un manejo de él.

—Sobornó a ese esquimal, colocó los explosivos y…

—Lou ha salvado nuestro yate —reconoció Oswald.

—¡Y nuestras vidas! —amplió Olga.

—No hay para tanto, mujer.

—¿Cómo que no…? Si eso llega a explotar en la bodega, donde almacenamos los víveres… ¡Ya me dirás!

—Ahora sí que podremos denunciarles.

—Nada de eso, Rossie.

—¿Por qué no, Oswald?

—He dicho que no quiero más retrasos, Rossie. Por otra parte, lo volverían a negar todo y… Jack, ayuda a conducir el barco a René.

—¿Qué rumbo, Oswald?

—Directos a las costas de Alaska.

El yate *Esperanza* siguió alejándose de la isla Unalaska.

Pronto, el archipiélago de las Aleutianas quedaría perdido de vista, hundiéndose en la bruma gris de aquel mar septentrional con témpanos de hielo flotantes.

* * *

Mientras reposaban la comida, Oswald Andersen insistió:

—¿De forma que no os podemos convencer, Lou?

—Nos gustaría, Oswald. Y conste que tanto Rossie como yo os agradecemos vuestro ofrecimiento. Pero ya tenemos nuestro trabajo, nos gusta y…

Todos quedaron pendientes de que terminase la frase, aunque Lou Graham miró a Rossie, preguntando antes de seguir:

—¿Lo digo?

—¿Por qué no, tonto?

—¡Vamos a casarnos!

—¡Bravo! —palmoteo la sonriente Olga.

—A ver si eso os anima a vosotros —bromeó su hermano.

Jack Mac Graven se sintió aludido, y a su vez, también confesó:

—Por mí, encantado, Oswald, pero tu hermana dice que después de lo de la isla Barrow.

—¿Qué es eso de la isla Barrow? —quiso concretar Lou.

—Está al norte del Estrecho de Bering —empezó a explicar Oswald Andersen.

—¿Es que vais al Polo Norte?

—No tanto, pero allí, dentro de un mes empieza la caza de la foca.

—Entiendo

—¡Es algo horrible, Lou! —exclamó la sensitiva Olga— Llegan los barcos, los hombres bajan a tierra con los botes, llevando todos ellos unos largos palos con los que las van golpeando en las cabezas hasta matarlas.

—Preferentemente a las crías —amplió René—. Porque son las más indefensas y las que aún tienen toda su piel blanca.

—Y además, así las desesperadas madres volverán a criar.

—¿Y qué podéis hacer vosotros, amigos?

—Lo que sea, Lou. El caso es estar allí y dar al mundo el testimonio de nuestra enérgica protesta.

—Confiamos que algún día se acordarán leyes internacionales que prohíban esas salvajadas —dijo Jack.

—Es desgarrante ver a las mamás focas, cómo se arrastran por la nieve y los hielos, persiguiendo a los hombres de los palos, en su desesperado intento de salvar a sus bebés.

—Cálmate, Olga —le pidió su hermano. '

—No lo puedo evitar, Oswald. Son unos animales deliciosos, pacíficos, tiernos, muy sociables. Cuando nadie las molesta, se persiguen entre ellas y bromean, se ponen panza arriba, se empujan con el lomo, dan vueltas, hacen que se enfurecen para jugar, saltar fuera del agua con todo su cuerpo. En suma, Lou, se comportan de un modo encantador.

—¿Cuántas de ellas son cazadas cada año?

—Muchas, Lou. ¡Una barbaridad! Tenemos datos que aseguran que sólo las flotas que operan en Terranova, proporcionan anualmente al comercio de 200.000 a 500.000 pieles de estos animales.

—¡Increíble, Oswald!

—Calcula que eso representa muchísimos millones de dólares.

—Sobre todo teniendo en cuenta a cómo se vende un abrigo de piel de foca en París, Londres o Nueva York —apuntó Rossie.

La charla se prolongó y, en un momento de ella, Lou Graham recordó:

—Has dicho que dentro de un mes, ¿no es así, Oswald?

—¿Te refieres a ir a la isla de Barrow?

—Sí, a eso de las focas.

—Más o menos.

—¿Por qué no quedamos citados?

—¡Estupendo, cariño! —aplaudió Rossie, adivinando.

—Después de presentarnos a nuestro jefe, seguro que nos concede unos días de permiso. Rossie y yo nos casaremos, disfrutaremos de nuestra luna de miel, pero luego podremos volver a reunimos y haremos otro magnífico reportaje sobre las focas.

—Por nosotros, de acuerdo, Lou.

—¿Os vais a especializar en esto? —quiso saber Jack.

—Si nos lo permite nuestro jefe, sí. Rossie y yo también nos sentimos ecologistas.

—No se hable más —decidió Oswald Andersen.

—¡Bien venidos a nuestro grupo! —festejó Olga.

—Con una condición, amiga.

—Tú dirás, Rossie.

—Tú también te tienes que casar con Jack.

—¿Y Oswald y yo, qué? —apuntó René.

—Tú aún eres un crío —bromeó Oswald.

—Pero puedo enamorarme, ¿no?

—Sí… ¡De una foca!

—Hablo en serio. He oído decir que el amor no tiene edad.

—No te pongas romántico, René.

Prolongaron la velada, porque se sentían felices y contentos.

Satisfechos de haber hecho algo que, pese al riesgo sufrido esperaban que llegaría a tener una repercusión mundial.

Todas las magníficas, aunque a veces espeluznantes, fotografías tomadas por Rossie Carwey, en unión a lo que escribiría Lou Graham sobre lo que habían vivido, daría la vuelta al planeta.

Aquélla era una gran batalla ganada. Aunque su «guerra» seguiría, naturalmente.

Capítulo XII

CONSEGUIDOS todos los enlaces aéreos, al fin volaban directamente hacia San Francisco. Lou Graham recordó el viaje de ida y muy serio, le dijo a su compañera:

—Terminaré cambiándome de asiento.

—¿Por qué, cariño?

—Estás martirizando mi pierna con la tuya.

Recordando, también Rossie Carwey, terminó riendo con ganas.

—¿Te molesta, Lou?

—No, no… Pero me da un calorcillo que me altera.

—¡Y a mi!

—Pues no seas traviesa y estate formalita.

—Tiene gracia: ahora parece que la que te acosa soy yo.

—Suele ocurrir así, Rossie: el hombre persigue a la mujer, hasta que ésta le «caza».

—Oye, oye… ¡Que yo no te he cazado a ti!

—Estaré encantado que lo hagas, mi amor.

—¿Ya te hartaste de ir de mujer en mujer?

—Inconscientemente, te buscaba a ti.

—Y yo hacía tiempo que te esperaba.

—¡Y yo sin saberlo!

—Algunas veces sucede que una mujer oculta a un hombre toda la pasión que siente por él, mientras que él finge por ella una pasión que está lejos de sentir.

—En tu caso, será cierto. Pero en el mío, sí es cierto lo que siento por ti, Rossie. ¡Quiero ser tu primero y único amor!

—También eso tiene gracia.

—¿Por qué?

—Los hombres aspiran siempre a ser el primer amor de la mujer. Tal es su vanidad, poco exquisita por cierto. Nosotras las mujeres, poseemos un instinto más sutil de la realidad. Lo que nosotras apetecemos es ser el último amor del hombre.

—Eres terrible, Rossie.

Les extrañó que el mismo Lasty Mansfield no fuese a recibirles al aeropuerto. Se había limitado a enviar al fotógrafo Cherman Strom

quien, tras los primeros salidos de bienvenida, les anunció:

—Algo pasa en el *SanFranciscoStar*, amigos.

—¿A qué te refieres, Cherman?

—No lo sé en concreto, Lou. ¡Pero algo pasa!

—Voy por las maletas.

Al quedarse esperando con Rossie, el joven fotógrafo se interesó profesionalmente:

—¿Qué tal las cosas, Rossie? ¿Traes buen material?

—Algo estupendo, Cherman.

—Me alegro.

—Tú lo habrías hecho tan bien o mejor que yo, porque tuve muy buenas oportunidades.

¡Ya las verás!

Viendo acercarse al cargado Lou Graham, el joven indicó:

—Allí tengo mi coche.

La charla de los tres durante el viaje a la gran ciudad fue muy animada.

* * *

Mostrando uno de sus enfados, el redactor jefe del *SanFranciscoStar* casi gritó:

—Te digo que saldrá cuando yo lo crea conveniente y en paz. ¡No se hable más, Lou!

—Pero es absurdo, Lasty. ¡Ese reportaje es actualidad pura!

—¿Quién decide aquí las cosas?

—Tú, pero…

—No hay pero que valga —volvió a atajarle.

—¿Quieres decirme lo que pasa, Lasty?

—Te lo repito, cabezota. ¡No pasa nada!

—El periódico se ha gastado mucho dinero, para que ahora no salgan ni esas fotografías, ni mi reportaje.

—Saldrá a su tiempo.

—¿Cuándo?

—Cuando me lo indiquen. ¡Yo también tengo jefe, Lou!

—¿Me estás insinuando que es cosa del director?

—O de más arriba aún.

—¿Te refieres al señor Hendry? ¿Al dueño?

Lasty Mansfield aquella vez no contestó. Comenzó a escribir notas y examinar artículos, hasta que escuchó:

—¿Qué me ocultas, Lasty?

—¿Quieres dejarme en paz? ¿No querías casarte con Rossie?

—Lo haremos.

—Por mí, ya os he dado el permiso. ¿Cuántos días queréis? ¿Un mes, dos, cuatro…?

—Un momento, Lasty… Eso me suena aún peor.

—Tengo trabajo, Lou. No me entretengas más, por favor.

—¡Está bien! Me plantaré ante el mismo señor Hendry y él me lo tendrá que explicar todo.

—No te lo aconsejo.

—Dame una buena razón.

—Bueno… Tu y Rossie podríais estar ya de más aquí.

—¿Qué dices, Lasty? Te traemos el reportaje del año y ahora insinúas que… ¡Que nos pueden despedir!

—Yo no he dicho eso, Lou.

—Pero lo crees posible.

—La vida es así, amigo.

—No… O al menos, no debe ser así. Ya empiezo a ver claro: a alguien que está muy alto, debe molestarle que ese magnífico reportaje sobre las ballenas se haga público. Posiblemente esa misteriosa persona ha visitado al señor Hendry, se han puesto de acuerdo y, claro, como él es el dueño del *SanFranciscoStar*…

—¿Por qué no dejas las cosas así, Lou?

—¡No me da la gana! —estalló el periodista.

—Pues tendrás que conformarte. No podrás hacer nada.

—Te equivocas: ese reportaje es mío… ¡Y de Rossie!

—El equivocado eres tú: los dos trabajáis para este periódico, que, además, es el que ha corrido con todos los gastos.

El índice de Lasty Mansfield empezó a agitarse al añadir:

—Hasta la cámara que utilizó Rossie es del *SanFranciscoStar*.

—¿De qué parte estás, Lasty?

—¡De la tuya, cabezota! Somos amigos desde hace muchos años, Lou. Pero tampoco puedo hacer nada.

—Yo lo intentaré. ¡Me tendrá que escuchar el señor Hendry!

—¿Y qué ganarás?

—Le diré cuatro cosas. Esas poderosas compañías balleneras no podrán ir venciendo siempre todos los obstáculos. Hay latente una opinión general que no podrán seguir silenciando.

—Feliz si eres de los que lo consigue, Lou. ¡Te admiraré, chico!

El furioso Lou Graham se plantó en la finca del dueño del *San Francisco Star*, pero el criado negro que le recibió regresó anunciándole:

—El señor Hendry dice que lo siente, pero no puede recibirle.

—Gracias de todos modos, amigo. ¡Era de esperar!

Lou Graham tomó otra resolución: se dio por despedido con Rossie y ambos escribieron, conjuntamente, una carta abierta a otros periódicos, en la que exponían todo lo sucedido.

Se casaron y emprendieron el viaje de bodas.

Pero su verdadero viaje fue cuando, cumpliendo lo prometido con sus amigos ecologistas, fueron a su encuentro con redoblados afanes y ganas de gritarle al mundo las verdades.

—Nada ni nadie podrá silenciar nuestra voz, Rossie.

—Pero ellos son tan poderosos que…

—¡Terminaremos venciéndoles, mientras haya seres como Oswald Andersen, su hermana Olga, Jack Mac Grave, René Tour y tantos otros. Y ahora también nosotros dos, cariño.

—Dios te oiga, mi amor.

—¡Nos oirá! Porque, además, la verdad tiene esta excelente prerrogativa: todo lo que se haga a su favor, ¡y aún en su contra!, a la larga, es en su provecho.

—Nos tendremos que jugar la piel, Lou.

—¡Pues nos la jugaremos! Nada más hermoso que morir por una causa justa, Rossie. La mujer le abrazó, entusiasmada.

Se sentía totalmente identificada con aquel hombre…

FIN

Colección
DOBLE JUEGO

LA colección de novelas DOBLE JUEGO es única en su género. Los mejores autores le brindan temas apasionantes mostrando que el deporte es nobleza e idealismo, pero que en el caben también la violencia, la sangre y la corrupción.

TITULOS PUBLICADOS

1. EL TRASPASO, Alex Simmons
2. LA GLORIA O LA MUERTE, Lou Carrigan
3. EL DOBLE ROSTRO DEL DEPORTE, Rocco Sarto
4. DÉRBY, Curtis Garland
5. CARRERA HACIA LA MUERTE, Alan Parker
6. CAMINÓ A LA OLIMPIADA, Alex Simmons
7. CON LOS GUANTES POR DELANTE, Joseph Berna
8. EL DESAFIO, Rocco Sarto
9. DROGAS Y… ¡GOL!, Alan Parker
10. EL MAKIMONO, Lou Carrigan
11. A BRAZO PARTIDO, Lucky Marty
12. ¡EN GUARDIA!, Alex Simmons
13. DUELO ENTRE DELFINES, Joseph Berna
14. TIRADORES DE ELITE, Lou Carrigan
15. CON LA MUERTE EN LOS PUÑOS, Sven Martz
16. LA GRAN JUGADA, Lucky Marty
17. EL ALIENTO DEL KIAI, Lou Carrigan
18. COMPETENCIA MORTAL, Rocco Sarto
19. ¡RIVALES EN LA DELANTERA!, Alex Simmons
20. EL TESTIGO, Elliot Dooley
21. SU PRIMER TONGO, Lucky Marty
22. CADA HOYO UN MUERTO, Alan Parker
23. PARIS-DAKAR. RAILLY DE LA MUERTE, Curtis Garland

24. MATCH-BALL, Lou Carrigan
25. JUEGO SUCIO, Alex Simmons
26. CARNE DE RING, Lucky Marty
27. INMERSION PELIGROSA, Red Walker
28. LA PAREJA INVENCIBLE, Joseph Berna
29. EL ÚLTIMO TANTO, Alex Simmons
30. EL TOUR DE LA DROGA, Alan Parker
31. ¡PENALTY!, Curtis Garland
32. ¡A TODO GAS!, Lucky Marty
33. LA FLECHA HUMANA, Joseph Berna
34. DOPPING, Elliot Dooley
35. GOLPE A TRAICION. Alex Simmons
36. EL BOLIDO ROJO. Burton Haré
37. PANICO EN LA CANCHA, Adolf Quibus
38. LA RAQUETA DE ORO, Joseph Berna
39. POQUER DE ASES, Lucky Marty
40. MASCARA DE ORO, Alan Parker
41. VUELO SIN RETORNO. Rocco Sarto
42. ¡GANADOR!, Alex Simmons
43. IDOLO DE BARRO, Lucky Marty
44. MANOS VACIAS, Lem Ryam
45. LA APUESTA ERA LA VIDA, George Sound

TITULOS DE PROXIMA APARICION

46. EL TERROR DE LOS ESTADIOS, Joseph Berna
47. SANGRE, ORO Y ¡GLORIA!, Lucky Marty
48. ASESINATO EN EL HIPODROMO, Alan Parker

Si le interesan algunos de estos títulos, pídalos en su kiosco o librería habitual. En caso de no encontrarlos escriba a LIBRESA, Durán y Borrell, 24-26, Barcelona-23, remitiendo su importe en sellos o por medio de giro postal.

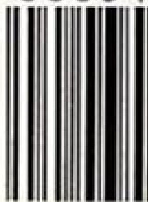
COLECCION

tam
tam

Aventuras
insólitas
Desenlaces
inesperados
Acción y violencia
Esto es:
tam-tam

ISBN 84-7518-051-5





EDICIONES
CERES, S. A.
Apartado de Correos
9.142 Barcelona
PRECIO EN ESPAÑA: 60 PTAS.
Printed in Spain - Impreso en España